

CONACULTA
BIBLIOTECA DE MÉXICO
"JOSÉ VASCONCELOS"

HUGO SOL

LOS ENEMIGOS
DEL INDIO.



MEXICO 1929

HUGO SOL

**LOS ENEMIGOS
DEL INDIO**



MEXICO 1929

PROLOGO Y DEDICATORIA

ESTE libro, si libro puede llamarse, es un conjunto de observaciones sobre el terreno de los hechos. Nada se ha inventado en él. Si en algún pasaje la fantasía hiperestesia el relato, si algunas hipérboles lo hacen más irritante, en nada se altera la verdad. Hágase el lector la cuenta de que, a veces, vi las cosas con una lente poderosa, la lente de la indignación, y los piquetes me parecieron llagas... Sin embargo, ni llegando a la hipérbole se describe adecuadamente la situación mísera del indio, en ese estado de "estupor mental" a que lo han conducido, el látigo de los encomenderos, la vara del capataz "gachupín" desde nuestra llamada Independencia hasta Madero y la continua intoxicación alcohólica, procurada por los mismos en todos los tiempos. Yo no soy ni hispanófilo, ni hispanófobo. Ni mucho menos de esos "patrioteros" que a cada tumulto aullan: ¡mueran los gachupines!, ¡abajo los gringos!, etc., pero sí creo y siempre he creído que

la conquista española fue una desgracia para estas tierras. Ese espíritu paradójico del español ha labrado miserias. Después de la brutal paliza del encomendero español llegaba el franciscano español a restañar las heridas del indio. Y éste, que bien enterado estaba, que el fraile no era sino el alcahuete del poderoso, aceptaba las caricias; pero guardaba en su corazón igual odio para ambos. Todos nuestros fracasos, nuestra falta de organización social, el desastre sempiterno de nuestra economía nacional, nuestra intolerancia, nuestra fanfarronería, trágica a veces, y ridícula casi siempre, en fin, ese aspecto de "paranoicos" en masa, que presentamos, es la tara española, es la "gloriosa herencia" que tanto ufanan los escritores más o menos cursis o vivos, que buscan los elogios del periodismo español y se hinchan como pavos reales en las comelitonas a prorrata, con que los obsequian de vez en cuando en los Casinos...

Toscas capataces mal hablados, frailes de todas raleas, toreros pedantes y mentecatos; coupletistas, tenderos de ultramarinos que roban sin misericordia al pueblo hambriento, chulos que vienen en calidad de moscas de los toreros: esto es lo que nos manda España desde la conquista hasta nuestros días. Si acaso algunos sabios y escritores de valer y algunos asturianos laboriosos y dignos... Y los españoles siguen considerando a México como cosa propia. Intervienen en nuestra política, acaparan nuestras finanzas, nuestras industrias, nuestras tierras;

sin saberlo o sin quererlo seguimos siendo los esclavos de los conquistadores, porque nuestras llamadas revoluciones, se reducen a quitar a Juan del poder para poner a Pedro; Juanes y Pedros que a la postre son instrumentos del ricacho que los adula, que los acosa, que los "babosea", usando un mexicanismo muy gráfico.

Mientras suenan los cañones y silban las balas, mientras el campesino riega con su sangre las ciudades y las aldeas, el terrateniente, el industrial y el tendero, están bien guardados; pero en llegando el vencedor a Chapultepec, allí van las comisiones pomposas a ofrecerle la adhesión incondicional, de los industriales, de los comerciantes, de los terratenientes. A renglón seguido comienzan los banquetes en los que se repite aquel formidable verso: "porque un brindis vale más que el humo de cien batallas..." Después los Clubes, los juegos de "ping-pong" se encargan de alejar al vencedor de los pobres y unirlo a los ricos.

Por todo esto, yo creo que es inútil que los campesinos sigan a los caudillos mientras éstos no les entreguen íntegramente la tierra que despojaron los conquistadores y que aun conservan sus herederos. Nada de medias tintas. Así como la arrebataron, que la pierdan. Sus títulos de propiedad están fundados en la fuerza y la fuerza debe encargarse de revisarlos... En este sentido, en no andarse por las ramas en banqueteos y fiestecillas, yo admiro sinceramente, entre los hombres de 1910 a la fecha, al General

Calles. Es el único Presidente que ha sostenido con bríos, con integridad, sin eufemismos, su credo revolucionario. Tierras para los campesinos; educación rural; protección al obrero; economía nacional, etc. Nada le importaron las lisonjas de los ricachos, las diatribas de los ricachos, los aullidos de los ricachos. Si hubiera tenido varios colaboradores como el ingeniero Tejeda, su obra que es grande, hubiera sido mejor. Porque si un colaborador que no estorba es bueno, uno que ayuda, es soberbio. Y Tejeda ayudó la obra de Calles porque la sentía; no así algunos de sus Secretarios acostumbrados a los regodeos burgueses o a las bailarinas exhuberantes. Yo nunca he tenido el gusto de cambiar dos palabras con Calles. Alguna vez, hace nueve años lo atacué como político; pero he seguido atentamente su actuación y quiero declarar, a propósito de este libro de miserias campesinas, que su línea de conducta presidencial ha sido magnífica, que debe seguirse y es preciso superarla en materia de protección al indio, fijándose, cosa que él apuntó, que el problema de la Revolución es fundamentalmente, económico y social... Mientras la riqueza siga donde está, no hay tal revolución. Y al decir riqueza, digo tierra, industria, comercio...

Calles comprendió que los banquetes lo alejaban de los suyos y no fue. Madero gustaba de esas mojigangas llamadas bailes que como dice Richet, no son mas "que una hipócrita excitación sensual"; de la Barra no se diga; Victoriano Huerta vivía en

embriaguez perpetua de cognac y adulación; entre banquetes y sangre; Carranza fue más austero; Obregón amaba las fotografías y los banquetes. Sólo Calles ha pasado silenciosamente trabajando por el proletario...

Dije ya que nuestra situación la debíamos al espíritu paradójico del español. El indio fue explotado, vejado, embrutecido y a ratos acariciado y así sigue siéndolo. En estos apuntes expongo su situación en las sierras veracruzanas. Como es un libro de miserias, de dolores, de crímenes y de vejaciones, el lenguaje no es de literatura cervantina, sino de una crudeza hussmaniana. Lloro, injuria, impreca, maldice y hiere sin piedad. Es cuestión de temperamento. Yo no puedo adobar los dolores del indio al estilo hipócrita de don Federico Gamboa. Yo los presento con salsa ranchera de puro chile. Si a muchos les arde, tanto mejor...

. * * *

Dedico este libro al Ingeniero Adalberto Tejeda, sincero amigo del indio y uno de los pocos "plumajes" de la revolución que "han pasado por el pantano sin mancharse", que diría el insigne Díaz Mirón. Le dedico este libro no a la manera de los escritores como Maquiavelo o como muchos españoles y mexicanos de aquellos y aquestos tiempos, buscando editor o soberbia soldada.

Se lo dedico, porque es un hombre íntegro que ha pasado por los más altos cargos públicos sin llevarse fondos ajenos; porque no ha extorsionado a los pobres, ni solapado a los ricos; porque sigue siendo el mismo cuáquero que con su gran "paliacate" multicolor salió de una humilde casa de Chicontepec para la montaña a luchar por los campesinos; el mismo ciudadano que se excusaba de asistir a los grandes banquetes metropolitanos porque no había "tenido tiempo de alquilar un frac en el Monte de Piedad" según decía con sutil ironía. Merece cualquier elogio de los hombres libres porque nunca ha claudicado de sus ideas. Firme al lado de Calles fue el brazo derecho de la campaña en pro de las instituciones atacadas por el clericalismo. El campesino ha tenido en Tejeda su más sincero amigo y un jefe que no vacila. Díganlo si no los casos de Puente Nacional y la reciente infidencia de Aguirre.

Colaborar con él, aunque sea en esta humilde manera, me satisface. No importa que después de la lectura de este libro haya quienes eleven al cubo mi fama de "bolcheviky". Yo cumplo lealmente con mi conciencia. Como Juez, siempre he venerado la frase de Séneca: "Clementia agna pars justitiae".

Sé que el Ingeniero Tejeda, que es hijo de esas sierras, que ha vivido el problema de los pobres indios, que conoce bien el amor de estos por la tierra; que sabe de sus dolores y de sus miserias, piensa también, quizá como no piensan algunos letrados, que

la, Piedad, la Clemencia y el Perdón, son los tres puntales de la justicia y más tratándose del pobre campesino.

Por todo esto, le dedico el presente libro, con mi sincero afecto.

Coyoacán, mayo 25 de 1929.

Hugo SOL.

LA RUTA DE CHICON.

DESPUES de haber saboreado las delicias de un paludismo, de esos de Minatitlán y Puerto México, región en que florecen las disenterias amébricas, como anticipo, si se curan, de la tuberculosis, el Tribunal de Veracruz, tuvo a bien enviarme al Distrito de Chicontepepec. Cuando algunos amigos se enteraron de mi nombramiento, rieron silenciosamente, piadosamente para mejor expresar la sensación. Se tenía entonces al Distrito de Chicón como el destierro. Situado en la región montañosa que limita los Estados de Hidalgo y Veracruz, sin más vías de comunicación que los caminos de herradura que serpean la montaña, verdaderos senderos de cabras a ratos, asusta a los que tienen la costumbre de llegar a las once de la mañana a su lujoso despacho de la ciudad de México y no saben de más medios de transporte que el mullido Lincoln. Por mi parte, yo sentía vivos deseos de recorrer aquellas regiones. De modo que

cuando el señor Presidente del Tribunal de Veracruz me indicó que sólo Chicontepepec se hallaba vacante, tal vez para que yo dijera "*gracias*", se halló con mi más entusiasta aceptación.

Y así fue cómo una mañana fría y lluviosa de noviembre, la peor época según me indicaron, salí de México por la vía que va hasta Apulco, estacioncilla de un ramal del ferrocarril de Hidalgo. Recuerdo que mientras tomaba un café hirviente en uno de esos heroicos "*zangarros*" de las estaciones, llegó jadeante y nervioso el amigo que iba a ser mi compañero y guía hasta Chicón. A pesar de la terrible inclemencia del tiempo vestía el mismo traje de dril blanco que llevaba la víspera cuando me lo presentaron. El profesor García Bastide, —a quien me refiero—, merece un aparte especial. Es, porque aun vive, el tipo más perfecto de esos terribles políticos que produce la fauna veracruzana. Nervioso, delgado hasta parecer un estilete, apasionado, elocuente; pero en todo, —errores y virtudes—, sincero; había sido candidato a la Presidencia Municipal de Jalapa y los obreros agitados por él llegaron hasta la acometida armada contra el gobierno del general Jara. Bastide dice y muchos también lo ratifican, que triunfó legalmente y que una vez más el Sufragio Efectivo llevó su ya clásico puntapié. Con aquel compañero me imaginé que el viaje iba a ser agradable y no me equivoqué. Bastide iba a la dirección de una escuela de Chicontepepec. Sitiado por el hambre, después de su aventura política, lo enviaban al distrito más re-

moto quizás con el objeto de que el eco de sus protestas se perdiera en las calladas cimas de la imponente sierra de Huayacocotla. Pero iba encantado.

Mientras el trenecillo tragaba el polvo de la mesa central, ese polvo agresivo y audaz que ya comparé con las maneras burguesas de este siglo, Bastide me refirió de la A a la Z toda su odisea. Sólo Tulancingo llamó mi atención. Población simpática, hervidero de bellas muchachas, al decir de Bastide. A las doce y media horas llegamos a Apulco. Hacina- miento de casucas de madera y "tejamanil"; calle- jas sucias y polvorientas; movimiento de bestias de carga y de tipos de grandes sombrerones. Esto es Apulco. Comimos sardinas y galletas en una tienda de ultramarinos, y nos sentamos a roer las horas. Como a las cinco de la tarde, un camión repartidor de "gaseosas" se compadeció de nuestro empeño de llegar y henos aquí hacinados sobre cajas de bote- llas vacías rodando hacia Aguas Blancas. Debo decir que antes habíamos agotado los recursos de la per- suasión procurando que un auto nos llevase a Hua- yacocotla. El único que parecía prestarse, nos pidió cincuenta pesos y como ni los dos juntos los tenía- mos, optamos por mostrarnos desdeñosos... Después de una breve parada en un sitio llamado "La Fe- rrería" llegamos a Aguas Blancas. Simpático pue- blillo. El amigo del camión repartidor nos llevó a casa de una señora que "prestaba" sus camas y allí cenamos. Ya la noche, poblada de aullidos, había caído. Salimos a vagar a través del pueblillo en bus-

ca de un tendajón amable que nos brindara "*tequila*", y al fin dimos con uno. ¡Qué cosas de nuestra tierra mexicana! Allí encontramos un grupo de gente, con el sombrero hasta los ojos, las manos ocultas bajo la "*tilma*" que, a invitación de Bastide, vino a tomar una copa con nosotros. Bien borrachos estaban aquellos amigos. Y uno de ellos al oírme llamar Juez, se apresuró a indicarme que éramos colegas. Era el Juez de Paz de Aguas Blancas. Desde ese momento se deshizo en cumplidos. Nos ofreció conseguir buenos caballos y así lo hizo, pues muy temprano salimos de aquel sitio rumbo a Huaya y regularmente montados. A poco andar, entramos al Estado de Veracruz y topamos con un grupo de gente armada. El jefe nos interrogó y al explicar Bastide que yo era el Juez de Chicontepec, aquel amigo se mostró complacido y nos habló de las injusticias que se cometían con los campesinos en Huaya. Después supe que era jefe de una guerrilla agrarista. Antes de llegar a Huaya pasamos la llanura de Vinazco, célebre por la batalla que allí perdieron las tropas francesas. Como a las cuatro de la tarde, al desembocar de una curva del camino, vimos Huayacocotla a nuestros pies. La población me produjo la impresión de una bandada de aves acurrucadas por el frío. No se ven esos tejados de colores que irisan el paisaje en las ciudades costañas. Todas, o casi todas las casucas son grises, pues hasta los techos son de madera, de esas tablillas que llaman "*tejamanil*",

que se fijan sobre las vigas con astillas, a manera de clavos.

Nuestro primer cuidado fue comer. El hotel donde nos alojamos me pareció muy simpático. Después caminamos a lo largo de las calles envueltas por la niebla. Aquello era un singular desfile de sombras. De regreso al hotel tuve el gusto de saludar al Licenciado de la Peña, Juez del Distrito. Se forraba en un suéter blanco que duplicaba su diámetro. En cambio el color de sus mejillas decía las maravillas del clima frío.

Madrugamos. Las mulas, unas hermosas mulas tampiqueñas, nos esperaban. Bajo una llovizna tenaz emprendimos la ruta hacia Zonte. En aquellos instantes, Bastide y yo, pensamos en nuestros respectivos jefes que seguramente dormían un sueño "*angelical*" bajo magníficas colchonetas. Yo hubiera querido ver a mi buen amigo el licenciado Coutiño amorrodado sobre una mula, chorreando agua helada por todas partes, sin más guía que el instinto de la bestia, porque la niebla lo envolvía todo, como íbamos nosotros a esa hora cercana al amanecer, en una vereda trazada a través de las cumbres de Huayacotla, a más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar!... "Al mal tiempo buena cara" amigo Bastide, —comenté—. A las diez de la mañana, en un punto que si mal no recuerdo se llama el "Lindero" nos sorprendió el sol que iluminaba un paisaje hermosísimo. Abajo, hasta el límite de nuestra vista, la sierra ondulando como un mar de olas agita-

das; arriba un cielo de un azul sereno, impasible. Resolvimos apearnos solicitando un poco de café, que entre paréntesis, fue recargado con aguardiente. Yo buscando un poco más de calor me senté sobre un leño junto al fuego de la cocina de la única choza de aquel lugar. Un cervatillo, atado a un poste cercano rezongaba inquieto...

A las quince horas llegamos a Zilacaltipan, pequeño poblado a 1850 metros sobre el mar. Allí, el amigo Bastide encargó con singular diligencia un opíparo comelitón de tasajo, que rociamos con sendas botellas de cerveza. Y como era preciso caminar recio para pernoctar en Zonte la emprendimos de nuevo. La senda que conduce de Zila a Zonte es algo que vale la pena. Imaginaos una vereda por la que sólo puede caminar una bestia. El cantil de la montaña a la derecha y el abismo a la izquierda. Agregad a esto que la vereda se halla sembrada de piedras movedizas. Pero en cambio, ¡qué paisajes! La noche nos sorprendió sobre aquellas cimas, pues llegamos a Zontecomatlán bien tarde. Zontecomatlán es un pueblo simpático. Está en el fondo de la cañada a 570 metros sobre el mar. Cuando se llega a Zonte de noche, como llegamos nosotros, sólo se escucha el ruido de las corrientes de agua, centuplicado por la bocina natural que forma el barranco. Yo no puedo dar grandes detalles de Zonte, porque sólo recuerdo que llegamos a una casuca bien pobre donde me proporcionaron un catre y sin cenar me quedé bien dormido. A la madrugada salimos. Y comenzó otro

aspecto de aquel hermoso viaje. De Zonte a Chicón el camino se retuerce siguiendo la corriente del río que se vadea treinta y seis veces. Pero ya es otra cosa. Ya no hay cumbres. Paisaje de vegetación tropical, calor. A las cuatro pasamos por Santa Cruz Juárez. De allí en adelante el camino se halla subrayado por bambúes y corre sobre la margen derecha del río. Antes de llegar a Chicón y a la vista de un precioso remanso sugerí al profesor que nos diéramos un baño. ¡Qué bien nos cayó aquél! Sumergidos en aquella corriente de agua límpida, oyendo el canto de las palomas, zenzontles, cardenales, calandrias y primavera que pueblan esas cañadas de trinos, olvidamos las penalidades del viaje.

Por fin, a las diecisiete horas, asomamos después de recorrer un pequeño cañón abierto en la montaña, a la vista de Chicontepec. Confieso sinceramente que yo esperaba una decepción, pero sentí una impresión contraria. Aquel pueblo, recostado en la falda de la sierra de San Miguel, con sus calles bien empedradas y sus casitas alegres, me pareció agradable desde el primer momento.

Bastide, como el pez en el agua, no podía disimular su alegría. Después supe, que el buen Bastide tenía un amor en Chicón que lo aguardaba...

LAS PRIMERAS QUEJAS.

AL día siguiente de haber tomado posesión del Juzgado vinieron a saludarme varias comisiones de indígenas de los diversos pueblos del distrito. El intérprete oficial me tradujo sus saluciones y sus quejas. En Chicontepec, se hablan varios idiomas más o menos castellanizados. Los de Santa Cruz Juárez, Zonte, Ylamatlán y Chicón hablan el azteca; los de Huaya y Texcatepec, el otomí; y los de Tlachichilco y sus rancherías, el tepéhua. Las poblaciones principales tienen muy poca densidad y es curioso ver, mientras se camina de Huaya a Chicón, las chozas de los indígenas en los puntos más intrincados de la sierra, tan aisladas unas de otras, que se antojan grandes aves de gris plumaje; pero aves ariscas que se procuran solas el sustento.

Los de Santa Cruz Juárez se quejaban de los terratenientes que los querían despojar de terrenos que cultivaban en común; los de Poxtectitla, pedían que

se activara un juicio de apeo y deslinde que promovieron contra los señores Rocha; los de Ahuimol, simplemente me daban la bienvenida y se reservaban pedirme mas adelante que se ordenara al señor X..... que los dejara trabajar sus milpas, y así sucesivamente...

Entonces fue cuando me di cuenta, con inmensa tristeza que aquella pobre gente vivía fuera de la civilización. Su mismo aspecto personal desconsolaba. En algunos casos, yo me pregunté si me hallaba en presencia de un ser humano o de un simio. Las manos larguísimas, los cráneos pequeños y como hundidos en los hombros, las narices achatadas, el andar pausado peculiar de los antropoides y sobre todo la mirada turbia y recelosa. Aquellos pobres indios vivían en los lugares más escondidos de la abrupta Sierra Madre, porque temían al hombre que se decía civilizado. Después de la Conquista, Chicontepec fue encomienda de Pedro Bermúdez de Meneses y este buen hidalgo español, seguramente trataría a los indios con el mismo cariño a latigazos con que se les trataba en todas las encomiendas de la Nación. Por ello, los esclavos preferían huir a los sitios más escarpados y ocultar sus rancherías entre lo más espeso de las selvas. Esa mirada recelosa del pobre no indica, a mi juicio, otra cosa que su ancestral desconfianza hacia el blanco. Entre paréntesis, llama la atención cuando se viaja de Zonte a Chicón, ver cómo las rancherías de las cañadas no se hallan en sitios abiertos, sino entre las espesuras y sólo una pequeña

vereda denuncia al conocedor la entrada de las mismas.

Después de los encomenderos, el indio siguió sustraído, pues bien sabemos que las dictaduras que siguieron al cuartelazo de Iturbide, sólo se ocuparon de aniquilar a sus enemigos políticos y dejaron en el más nefando abandono la educación popular. Como es fácil colegir, los terratenientes españoles se aprovecharon eficazmente de esta situación y el indio siguió siendo la bestia de carga, que siempre trabajó vejado por los "*gachupines*"... Látigo y aguardiente; es decir, embrutecimiento: he aquí la síntesis de la historia del indio en México desde Cortés hasta Carranza.

Yo ofrecí a aquellos pobres seres que pondría todo mi empeño en ayudarlos y me lo juré a mí mismo. A renglón seguido ordené a la Secretaría del Juzgado que me pusiera a la vista los expedientes indicados. Hecho esto y una vez que me hube enterado de la justicia de las quejas, que dormían el sueño trágico de los expedientes que guardan los jueces aliados de la burguesía terrateniente, mandé citar a los despojadores de Santa Cruz Juárez. Breve fue mi entrevista con aquellos. Y el resultado: que los indios fueran reconocidos en escritura pública como los únicos dueños de los terrenos. Después, asociado del Agente del Ministerio Público y de varios intérpretes me dirigí a la Congregación de Ahuimol. Allí tuve oportunidad de indicar a los jefes de la ranchería que tuvieran confianza en la justicia, ya que no iba a ser

instrumento de los ricos; al mismo tiempo los insté a que se preocuparan por la educación de sus hijos y de ellos mismos; que huyeran de los fatídicos "*anises*" tan comunes en la región, pues que el anetol era un veneno terrible que los conducía a la pelagra y a la imbecilidad. Volviendo de esta gira, a Chicón, recordé las frases con que el licenciado Maples Arce, entonces Secretario de Gobierno del general Jara me despidió en Jalapa. —¿Conque se va usted a Chicontepec? Allí más que juez se necesitan misioneros. Efectivamente, misioneros de cultura se necesitan. Misioneros como esos que recorrían y aun creo que recorren los lugares más inaccesibles del territorio norteamericano, para enseñar las letras y los bellos libros de lectura a todo el que ignora.

Me parece justo consignar que en la ranchería de Ahuimol los hermanos Osorio trabajan por los indios y mientras yo estuve en Chicón como Juez, continuamente me enviaban a los indígenas que tenían alguna queja que exponer, con atentas recomendaciones en favor de los peticionarios.

Es claro que poco antes de mi visita ya había logrado que el señor X.... comprendiera lo razonable de algunas peticiones de los indios y ya que al caso viene, es preciso recordar que tanto este señor como el señor Ramos que eran señalados como jefes del partido político contrario a los campesinos, no pusieron dificultades a mi labor, cosa que debe estimárseles.

Mi primer sábado en Chicón recibí la sorpresa

de almorzar con el famoso "*Sacahuil*" que es un tamal en barbacoa, el mismo que los indios de Yucatán llaman "*Pibil*". También estuve saboreando el "*tasajo*" que es algo característico de la huasteca. Esos sábados de Chicón, días de "*tianquis*" aun viven en mi memoria. Los puestos de "*sacahuil*", los de "*yuca en tacha*", etc., me atraían siempre.

LOS ENCOMENDEROS DE AYER Y DE HOY.

A.NTES de seguir adelante estos apuntes de mis andanzas por las sierras veracruzanas, y ya que en ellos he de hablar, quizá con frecuencia intencionada, de los encomenderos, quiero hacer un ligero esbozo de esa época, tan bochornosa como todas las que se caracterizan por los abusos de la fuerza. Entonces, el pobre indio solo era usado como bestia de trabajo. Peor que bestia, porque a ésta cuando menos se le cuidaba en los corrales.

Como no hay mejores pruebas que las mismas Crónicas de la época, y las cartas que algunos espíritus compasivos escribieron a los indios para el rey español, a esas vamos a remitirnos.

En una carta del año 1570, se dice lo que sigue: *"... movidos de las muchas vejaciones que padecemos de los españoles, nos atrevemos a escribir a V. M. declarando nuestras necesidades y miserias, por-*

que los animales vemos que son tratados mejor que nosotros y son tratados con templanza y aun regalados, y nosotros vejados peor que los caballos y bueyes... se mandó a los naturales que cada semana se vayan a las sementeras de la ciudad de México a hacer y limpiar los panes para los españoles y así salen cada semana doscientos o trescientos o cuatrocientos o más de cada pueblo... y llegados a la dicha ciudad y repartidos (fíjense los lectores en la bondad de los dominadores), van de cinco en cinco o de diez en diez indios a las obras de los españoles y luego les toman sus mantas y sus chiquihuites en que tienen su comidas, y los encierran en una cámara en la cual duermen en el suelo sin petate o tolcueste que es cama de indios y se echan de puro cansancio y trabajo como puercos... y los hacen levantar o despertar a las dos o a las tres de la noche... y a la hora de comer les dan de sus comidas que llevaron de sus tierras, aunque dañadas y pútridas, por no durar mucho el maíz que es nuestra comida propia, y aun les dan por peso y medida para mas se desmayar, de todo lo cual se les sucedió y sucede enfermedades, que luego mueren en la misma obra y algunos en el camino, y otros que llegan y vuelven a sus patrias, poco duran; y por el trabajo de una semana no alcanzan más de dos o tres reales... y cuando hace luna los hacen trabajar casi toda la noche, con el aguacero y heladas y calor de sol; y hay personas españolas de mala condición, que los hacen trabajar con azotes y varas como animales, y..."

¿Cómo esperar, en vista de lo anterior, que los indios por tanto tiempo humillados, torturados y asesinados fríamente, tengan confianza en los blancos, en catorce años...? Porque lo curioso de la psicología burguesa y terrateniente de esta época, es pensar y aun decir: "*El indio será siempre igual: solapado, hipócrita, flojo y sin aspiraciones*". Como si tuviéramos derecho los blancos a la confianza, a la sinceridad, a la cooperación y a la alta estima de los indios. Por la sangre de todos los infelices corre el grito de protesta de su ancestros; ese odio justificado que tiene para los españoles el indio de las rancherías y de las ciudades, es el mismo que vibraba calladamente en el semen de sus tatarabuelos y de sus padres y en la sangre de sus madres, acosadas por el sufrimiento y el perpetuo azoro de sus hombres...

Queremos cambiar la psicología del indio en catorce años de zipizapes revolucionarios, después de muchos siglos de demostrarles que eran nuestros esclavos... Apenas hace menos de veinte años, que en las haciendas de la República, que heredaron el espíritu, el método de las encomiendas, los indios eran tratados a latigazos por los mestizos injertos del español; todavía vibran en mis oídos los azotes y los ayes de los jornaleros de algunas fincas de Yucatán; todavía me pasma el recuerdo de aquellos soberbios ricachos henequeneros que en mil novecientos quince imponían aún en sus fincas el "*derecho de pernada*"; los azotes a pasto, los calabozos inquisitoriales y otros medios de tortura. Queremos que el indio sea pulcro

y tenga aspiraciones y lo hemos condenado a vivir en el suelo y a comer tortillas de maíz con chile; a cada instante decimos que es un degenerado y olvidamos que su degeneración es obra nuestra, obra del alcohol que le damos en vez de jornal, del vil aguardiente que le vendían al precio de todo su trabajo, y aun le venden, los envenenadores, que al pie de cada salto de agua de las sierras, ponen su fábrica clandestina.

Pero sigamos con los documentos de la época: Felipe II, rey español y no de los más piadosos, dice en una Cédula lo que sigue: *"somos informados que en esa provincia se van acabando los indios naturales de ella, por los malos tratamientos que sus encomenderos les hacen; . . . y los tratan peor que esclavos; que como tales se hallan muchos vendidos y comprados de unos encomenderos en otros, y algunos muertos a zotes, y mujeres que mueren y revientan con la pesada carga y a otras y a sus hijos las hacen servir en las granjerías y duermen en los campos, y allí paren y crían, mordidas de sabandijas ponzoñosas y venenosas; muchos se ahorcan y se dejan morir sin comer, y otros toman hierbas venenosas; que hay madres que matan a sus hijos, para que no padezcan lo que ellas padecen..."* y en cuanto a los alcaldes, corregidores y demás gentes encargadas del gobierno, véase lo que dice el mismo Rey: *"que hacen grandes agravios en los repartimientos de sus jurisdicciones, aprovechándose de las mujeres casadas y doncellas*

que se les antojan, y de las haciendas de los indios, y les toman lo que quieren, como señores de ello..."

A la vista de estos hechos ¿cómo no explicarse que los indios de Chicontepepec, de Papantla y de otros muchos lugares, oculten sus rancherías en las selvas o vivan como aves hurañas en los barrancos y en las escarpaduras de la montaña...? Qué fácil es comprender el porqué aun hoy guardan sus monedas en las entrañas de la tierra, como sucede, muy especialmente, en el distrito de Papantla.

Podría citar más y más documentos, pues para baldón eterno de la conquista española y para vergüenza de las dictaduras que siguieron a la Independencia, existen a montones, en los archivos que han escapado a la furia salvaje de algunos llamados revolucionarios. Carlos R. Menéndez, en un libro viril y piadoso, ha exhibido la vergüenza de los traficantes de esclavos en la península yucateca. Su libro, documentado y vigoroso, como todo lo que ha surgido de la pluma y del cerebro de este ilustre periodista peninsular, debe ser leído y meditado, por los verdaderos amigos del campesino.

Yo mismo, ya lo dije, he sido testigo en mis años juveniles, de los azotes y demás torturas del indio y quizás de aquello, que tanto conmovía el dulce corazón de mi madre, me viene esta simpatía por el campesino que sufre y esta antipatía, contra el soberbio y petulante burgués de nuestros tiempos.

Para terminar esta brevísima reseña, quiero apuntar que durante mis dos años de Notario en Jala-

cingo, yo leí, aunque con dificultades, numerosos instrumentos públicos desde el año de 1565 en adelante, que existen en el archivo de la Notaría número 1 de ese Distrito, en los que se compran y venden esclavos. Es curiosa la psicología de esos documentos: dice uno de ellos, si mal no recuerdo: *"la esclava María Criolla que vende su excelencia el señor Teniente del Rey don... no padece enfermedades visibles ni ocultas, y se la da por trescientos pesos de oro común, etc...."*

Naturalmente que en medio de esta noche ignominiosa de esclavitud y tortura, hubo espíritus pía-dosos que levantaron su voz de protesta del mismo modo que ahora existen algunos, por cierto bien pocos, sinceros amigos del campesino, porque no puedo considerar como tales a tanto individuo que anda por allí a título de líder agrario, como podría andar de saltimbanqui en las ferias pueblerinas... Son gentes, estas, que sólo buscan su medro personal.

LOS INDIOS DE POXTECTITLA Y EL AMOR A LA TIERRA.

EL primer asunto verdaderamente importante que tuve que tratar y resolver relacionado con las peticiones de los indios, fue el "*apeo o deslinde*", promovido por los vecinos de la Congregación de Poxtectitla, indígenas que en su totalidad, contra los señores R., poderosos propietarios de tierras y ganado, en la zona considerada como petrolera, de la huasteca veracruzana. El juicio había dormido algún tiempo ese sueño sospechoso que producen las inyecciones de plata amonedada.

Yo me propuse no perderlo de vista y tramitado ya, nos dispusimos un día a cumplir las prevenciones del Procedimiento Civil veracruzano, trasladándonos a la Congregación de Poxtectitla. Me acuerdo perfectamente de aquellas horas: amaneció el día lloviznando, con esa llovizna monótona y pertinaz, que hizo decir al poeta francés: "*Il pleut sur la ville*

comme il pleut dans mon coeur". Sin embargo, dispuse que saliéramos. Poxtectitla, se encuentra al pie del cerro de su nombre que se eleva ochocientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del mar. Este cerro con el Tepenáhuac, son llamados los "*Gregorios*" por los marinos que los distinguen perfectamente desde el mar. Llegamos a la Congregación a las trece horas poco más o menos y ya nos esperaban las autoridades y los vecinos principales. Por fortuna había cesado de llover. Bajo unos árboles frondosos nos ofrecieron una magnífica comida en la que rindieron su tributo al "*karma*" varios pavos o "*totoles*" como los llaman por allá. A la caída de la tarde fuimos al cerro que tan gallardamente atalaya el mar. Es magnífico y los indios me aseguraron que en su falda existen grandes depósitos de agua donde se solazan los lagartos y sacian su sed, ciervos y tigrillos.

Un buen tiempo de aquella tarde, pues la diligencia se había fijado para la mañana siguiente, lo aproveché para conocer las quejas y anhelos de aquellos indios. Su preocupación principal, mejor diré su pasión, era la tierra. Por sus terrenos estaban dispuestos a los más grandes sacrificios; hasta la vida les importaba poco.

Ahora, al cabo de cuatro años de vivir en continuo contacto con los campesinos veracruzanos, me doy cuenta perfecta de la importancia que tiene esta pasión, dentro del movimiento agrario de México. Por lo demás no es nueva. Quiero, antes de seguir adelante, recordar que a través de la historia de este país,

desde la Conquista hasta la fecha, el indio ha mostrado esta misma tendencia, ha luchado por su "*parcela*"... Citaré algunas crónicas de épocas pretéritas: El padre Fray Antonio Tello, en su "*CRONICA MISCELANEA*" tiene este pasaje: "*fuese a ver y visitar el valle de Teocaltiche, y Nochistlán y a todos aquellos pueblos, como encomendero que era de ellos, y hallólos a todos alzados y despoblados y tan soberbios que se admiró, y envió a decir a los caciques que le diesen de comer; a lo que le respondieron que le trajesen de Castilla de sus tierras, porque ellos no sembraban para unos perros barbudos, y que se volviesen a España, porque aquella tierra era suya y de sus antepasados...*" He aquí otro pasaje más belicoso de un cacique zacateco, que ante la intrusión de los españoles, arenga a sus soldados: "... *idos de aquí, porque haremos que la tierra os trague, que el aire os arrebate como al calabazo. ¡Aquí Zacatecos! ¡Mueran estos españoles!, defendamos nuestras tierras...*"

También conviene recordar la formidable sublevación de los indios Tepehuanes en 1616, sublevación originada por los despojos de tierras. En una carta dirigida por Fray Rodrigo de la Cruz al César español entre otras cosas le dice: "... *y muchos que no eran esclavos, que llaman acá naborios, dijeron que no querían estar con sus amos, sino estar en sus tierras...*"

Podría citar innumerables pasajes, crónicas y cartas, de la época virreinal y aun de la que siguió a la

Independencia, y en todas ellas no palpita, otra aspiración del indio que el amor a su tierra; pero me reduciré, para terminar, a unas frases del emperador español insertas en una Carta que se conserva en la Colección Icazbalceta: "... *los indios tienen en tanto las tierras como las vidas...*"

Los indios de Poxtectitla en efecto, tenían sus tierras en tanta estima como sus propias vidas y con la mayor vehemencia me hablaron del despojo que, a su juicio, habían cometido los dueños de Amatitlán, adelantando sus mohoneras hasta cercenarles cerca de doscientas hectáreas. Aquella noche, dormimos sobre petates cerca del fuego, porque hacía un frío de perros, y a pesar de nuestras catres más o menos mullidos de Chicón, creo que dormimos bastante bien.

A las tres de la madrugada ya estaban en pie y charlando animadamente nuestros anfitriones y después de tomar una taza de café emprendimos el viaje hacia el punto de partida de la diligencia decretada. La llovizna se reía de nosotros y a mí en lo particular me empañaba los lentes, pero nos propusimos demostrarle que sabíamos el "*malgré tout*", de los franceses. Aun recuerdo, que a veces, al remontar una loma y voltear la cabeza, sonreía al ver detrás de mí a más de doscientos hombres que nos seguían a paso veloz. —Parecemos rebeldes con sus tropas— me dijo el Agente del Ministerio Público. Y así parecía, pues nuestros buenos amigos aquellos, traían, el que menos, su "*chachalquera*".

Con toda acuciosidad y en presencia de los peritos, examinamos las mohoneras que habían sido destruídas, según los indios, para adelantar el lindero de las fincas de R..... y es justo convenir en que aquella pobre gente tenía plena razón, pues bien se veían los vetigios de la piqueta, en muchos casos... Aquella diligencia, bajo la lluvia implacable, es cosa que nunca he olvidado.

De nuevo en Chicontepec, creí justo declarar que el lindero reclamado por Poxtectitla, era el justo y legal y tuve la satisfacción de que mi resolución "*causara estado*" y que las diligencias protocolizadas, fueran entregadas a los indios de aquella Congregación como título supletorio de las tierras restituídas en virtud del deslinde.

Excuso decir, que a la semana siguiente, el diputado suplente del Distrito y el Presidente Municipal me invitaron a comer. Sabrosos "*totoles*" adornaban la mesa ya bien condimentados. Entonces me revelaron que los indios de Poxtectitla habían traído aquellos regalos para regalo de nuestro estómago.

EL CRIMEN DE LA "MESA DE CALCOTE"

UNA de las pruebas más patentes de la falta que hace la brigada de maestros misioneros que recorra hasta los más ocultos rincones de la sierra, es el caso que voy a narrar a continuación. Es una síntesis de las actuaciones llevadas a cabo durante varias semanas. Fue algo verdaderamente escandaloso en la región, por los detalles del hecho y por su misma monstruosidad, hija de la incultura.

"*El Crimen de la Mesa de Calcote*" le llamábamos en los círculos judiciales de la localidad y en verdad que tanto el nombre como el argumento, parecían de novela truculenta.

He aquí el asunto: Una mañana el Juzgado tuvo noticias de que en una ranchería llamada la "*Mesa de Calcote*" se había cometido un doble homicidio. La "*Mesa de Calcote*" como ya dije, es una ranchería oculta entre las cimas de las últimas estribaciones

que lanza hacia la Huasteca la Sierra Madre Oriental. Se componen de sesenta, o poco más, familias de indígenas que hablan en azteca. Es, como las rancherías de indios, un conglomerado de casucas de paja y paredes de barro; con una galera de más extensión en el centro de un escampado que sirve de plaza pública. En esta galera o galería es donde se instala la escuela rural y en donde tienen sus reuniones los hombres de la ranchería, cuando se trata de algún asunto importante.

El Agente del Ministerio Público, mi buen amigo Onofre Morales, tuvo que partir en unión del Jefe de la Guarnición y una escolta federal hacia el lugar de los hechos. A su vuelta, trajeron sesenta individuos detenidos y con ellos las primeras diligencias practicadas. Dos hombres de la misma ranchería habían sido ejecutados en la plaza pública. Cada uno de los hombres de la localidad, armado de su machete, había propinado un golpe, de modo que, los occisos habían recibido, sesenta machetazos cada uno hasta quedar convertidos en picadillo. Pero contaré el asunto, desde la gestación del crimen, según se comprobó en autos más adelante.

Existía en la ranchería de Calcote, como en casi todas las de la sierra, una escuela rural para la educación de los hijos de los campesinos. Allí se les enseña a leer y escribir, cuando menos, pues sucede que apenas tienen más de quince años, ya dejan de concurrir a las clases porque se van al trabajo de la milpa o a cortar leña. El maestro rural de la Mesa de

Calcote era un indio joven, como de unos veintitrés años, bajo, de facciones agresivas, vestido de "*manta blanca*" y calzado con botines de cuero amarillo, de esos botines fuertes que usan los campesinos de la sierra de Chicón, que se permiten este lujo. Aquel maestro rural, era un tío vivo. Además del sueldo que ganaba del gobierno, le sacaba determinada contribución personal a sus congéneres de Calcote. Dos de los obligados, un poco más ladinos que los otros, se dieron cuenta de que el profesorcito los estaba explotando lindamente y se negaron a dar su cuota semanal. Entonces el maestríto, ardiendo en sorda cólera, se propuso perderles... Sin decir esta boca es mía y aparentando conformarse con la merma que sufría su tajada, comenzó su labor de zapa... Cuando alguna gente se moría, él corría la voz de que probablemente aquella muerte era obra de alguna brujería. Así fue haciendo crecer el fantasma, aprovechándose hábilmente de la superstición de los suyos, hasta que un día declaró que las brujerías, provenían de dos individuos de la misma ranchería. Es claro, que señaló a los dos disidentes en el pago...

Los indios, que en materia de brujerías están a la altura del siglo diecisiete, y creen a pie juntillas en los mismos maleficios que tanto miedo producen a los abisinios, cafres y demás africanos, escucharon al profesor con mucha atención. Corrida la voz en esos cuchicheos que celebran los indígenas a la vera de los caminos o en cucullas bajo los árboles frondosos, fue tomando cuerpo el asunto, hasta llegar

al momento en que, los principales de la ranchería, —los más viejos aunque no los más cultos—, declararon que se hacía necesario celebrar una Asamblea para tratar el caso y decidir la suerte de los "*brujos*". Con la rapidez conveniente, fueron citados los vecinos de Calcote y así fue como una tarde, reunidos en la casa Escuela Rural y bajo la inspiración del maestro se decidió que los dos enemigos de éste eran brujos y como constituían un peligro para el pueblo debían ser sacrificados, en la misma plaza, atándolos a dos postes. Inmediatamente fueron capturados los supuestos brujos y contra todas sus protestas, bien amarrados a dos postes que previamente clavarón en la plazuela. Antes, y dizque para hacerlos confesar los colgaron procurando que no llegaran a la muerte. Toda la ranchería, hombres, mujeres y niños —estos últimos formados en fila por el maestro—, presenciaban el espectáculo, riendo a grandes carcajadas las contorsiones de los agraviados. Por fin llegó el último acto: todos los varones de la ranchería, bajo la impasible idiotez de los viejos corroídos por la ignorancia y el alcohol, desfilaron frente a los postes y cada uno fue dando un machetazo en la parte del cuerpo que más le agradara de las víctimas... Es claro que aquellos infelices sufrieron la más terrible agonía, viendo caer a pedazos su carne, pues se había convenido que los últimos tres serían los que pegarían en la cabeza. Sacrificados así los "*brujos*", el profesor sugirió que fueran enterrados los pedazos al pie de los mismos postes y que se hiciera saber

a la gente allí reunida que este era el castigo de los enemigos de la escuela.

Cuando más tarde desfilaron todos estos hombres ante mí, parecían humildes ovejas y en sus ojos de mansedumbre bovina, nadie hubiera visto las huellas de la brutalidad con que sacrificaron a sus dos semejantes. Todos confesaron y pronto llegué a la conclusión que el único verdadero autor del delito era el maestro rural y que el móvil que lo había impulsado era su propio interés, con la agravante de haberse aprovechado, con toda malicia, de la ignorancia de los indios de Calcote. Naturalmente el maestrito, bien que rehuía presentarse ante el Juzgado; pero un buen día lo mandé traer y aunque negó su participación tan directa en la preparación del delito, quedó bien convicto.

He contado este crimen monstruoso, muy semejante por lo demás a muchos otros que he investigado después en otros lugares del Estado, principalmente en Papantla, no para exhibir estas lacras de nuestra vida campesina, sino para que sirva de meditación a los que pueden porque tienen el poder público en la mano, ayudar a la educación de estos pobres seres substraídos a la vida civilizada. Yo sé todo el empeño que el ingeniero Tejeda, Gobernador de Veracruz, está poniendo en ésta labor y es de esperarse que encuentre gentes con espíritu abnegado que recorran aquellos lugares más apartados llevando las letras a los pobres indios. En esta labor, todos

debemos cooperar, y éste libro persigue fundamentalmente la idea de servir a la causa de la educación del indio, y a fijar la atención de los gobernantes sobre una necesidad quizá más urgente que la anterior: prohibir el alcohol en los grandes centros rurales para disminuir la criminalidad.

EL ALCOHOL, EL INDIO Y EL DELITO.

DESPUES de tres meses de actuar en el Distrito de Chicontepec, había yo llegado a la triste conclusión de que la mayoría absoluta de los delitos cometidos por los indios, si no la totalidad, se debían al alcohol. Machetazos a diestra y siniestra, en completo estado de idiotez alcohólica; escopetazos con perdigones; puñaladas, mal tratamiento de las mujeres, todo tenía su origen en la intoxicación aguda producida por el anís o por el simple fermento de la panela.

Pero yo no podía comprender de dónde tomaban tanto alcohol los indígenas, pues en apariencia, en el distrito de Chicontepec no se ven fábricas numerosas ni grandes fábricas, como en el de Jalancingo, donde existen los más activos y tenaces envenenadores, establecidos en Tlapacoyan, Martínez de la Torre, Altotonga y Zapotitlán y donde hay ingenios

como "La Palmilla", "San Joaquín" y una cantidad tal de fábricas clandestinas de aguardiente, un tráfico tan intenso de alcohol y de menjurges embriagantes, que se pasma cualquiera. Más adelante hablaré de esto. Pues bien, yo me propuse inquirir de dónde sacaban su veneno los indios de Chicontepepec y, es claro, nadie quiso explicarme.

Sin embargo, un domingo que salí de la cabecera rumbo a Ixhuatlán de Madero, en visita de inspección al Juzgado Municipal de aquel lejano pueblo, dí con la clave del problema. Habríamos caminado una hora desde Chicontepepec, rumbo a Corral Viejo, cuando a lo lejos, ví una humareda entre una pequeña barranca. Entonces mis acompañantes me indicaron que aquello era una fábrica de aguardiente. Tuve curiosidad por conocerla y después de caminar media hora por una vereda, que bajaba en zig-zag, a través de la espesura, llegamos a un cañaveral y a poco andar, descubrí un galerón de paja, situado justamente junto a un riachuelo. Con cañas de bambú, "otates" como le llaman por allí, el ingenioso propietario había hecho una cañería que tomando el agua del mismo nacimiento del arroyuelo, la conducía hasta el "cabezote" de la fabriquita. Así tenía agua sin parar. Entramos a la choza de los destiladores. Se sentía un calor terrible; pero allí estaban gozosos viendo como salía rápidamente aquel veneno que son incapaces de tomar los animales más estúpidos, como dice el doctor Richet, pero que con tanta fruición toman los hombres.

Continuamos el viaje. Entonces, ya con la clave del problema, procuré fijarme con mucho cuidado en todas las hondonadas por las que corría algún arroyo y, no exagero al decir que en casi todas se veía la misma humareda pastosa, la misma choza, y se sentía el mismo inconfundible olor de la panela destilada. A la vuelta de Ixhuatlán, seguimos un camino distinto. En vez de volver por Corral Viejo cortamos a la izquierda y tomamos una vereda que pasando por varias rancherías entre ellas la de Ahuimol, va para Chicón. Si a la ida, las fábricas más o menos clandestinas de alcohol, menudeaban, a la vuelta no disminuyeron. Precisamente por ser este camino más accidentado y abundar en corrientes de agua, es más propicio para instalar esas pequeñas destilaciones, que día y noche están produciendo el veneno, que va después a los "zangarros" de las carreteras y a los tendajones de las villas y pueblos, a intoxicar a los indígenas, a producir esas hecatombes a machetazos, que a la vez que arruinan una humilde familia, restan un brazo o varios, a la agricultura nacional.

Dije antes que hablaría de las grandes y pequeñas fábricas de veneno de Jalacingo, unas a la luz del sol y otras "*emboscadas*", y debo hacerlo en este capítulo dedicado a los que se enriquecen con la ruina moral y material de sus semejantes.

Efectivamente, de todos los distritos de Veracruz que conozco, el de Jalacingo, es uno de los más ricos en este ramo. Yo no sé si esta preferencia se

debe a su situación geográfica, que va desde los lugares más fríos, como Perote y Cuatotolapan, hasta los más calientes como Martínez de la Torre y San Rafael. Naturalmente en un distrito tan montañoso las corrientes de agua abundan. Y como ya dije antes, los fabricantes de aguardiente, las utilizan para su nefasta industria. Lo cierto es que el distrito de Jalacingo tiene, además de las grandes fábricas ya mencionadas, un sinnúmero de fabriquititas más o menos clandestinas. Basta bajar desde Altotonga rumbo a la llamada tierra caliente o sea a Zapotitlán, Plan de Arroyos, Temimilco y Mecacalco, para darse cuenta de que, por cada uno de los pueblos mencionados, hay no menos de diez fábricas o fabriquititas de veneno. Yo conozco a un señor español de Altotonga, por cierto muy buena gente en lo personal, que ha hecho una gran fortuna en este ramo.

Varias veces, por razón de mi profesión de Notario tuve que bajar por ese terrible camino que saliendo de Altotonga y pasando por Tazolapa, le lleva a uno a las márgenes del Río Bobos, después de una hora de bajar por una vereda inverosímil con el abismo a los pies. Pues bien, durante esos viajes, a cada paso me encontré con esos "*trapiches*" de tracción animal, dándole muy duro a la caña para fabricar "*pilón*" o panela, pues este artículo inapreciable era esperado algunos pasos más adelante por el insaciable "*cabezote*", que como monstruo impasible tragaba sin cesar "*panela*" arrojando chorros humeantes del tóxico económico de los indios.

En Altotonga y Jalacingo, la industria de los "*menjures*" es negocio hasta de las mujeres. Estimables señoras y señoritas de esas localidades se dedican a fermentar en alcohol, los frutos verdes del nogal, del "*tejocote*", del manzano y del durazno, obteniendo esos vinillos que después, según el tecnicismo de los bebedores "*se pican*" con habanero o con "*cuasia*" y producen esas embriagueces brutales con acompañamiento de dolores de cabeza y diarrea. Es tan encantador el efecto de estos "*vinitos*" que yo he visto a un buen señor de Jalacingo, que por cierto es de los fervientes amigos de Baco, caer como fulminado por un rayo después de varios "*tejocotes*". Aun recuerdo que me produjo la misma impresión que produce ver caer un traje de una percha. Se derrumbó, esta quizá es la palabra más apropiada, sobre una silla y con los ojos desorbitados y las manos colgantes, parecía un muñeco sin articulaciones.

Estos vinillos son vendidos a cinco y diez centavos la copa. Es el "*dulce*" veneno barato del distrito de Jalacingo. Los indios de por esos rumbos gustan mucho de él; pero los de las tierras bajas, prefieren el llamado "*refino*", que en efecto resulta tan fino, tan refino, que los convierte en energúmenos capaces de machetear a sus padres y a cuanto hijo de vecino salga al paso.

Durante mi estancia en Huatusco, como Juez, mi primera circular fue dirigida a reprimir los crímenes producidos por el aguardiente. Recomendé a los jueces Municipales, que convencieran a los expendedores

de venenos de la necesidad de recoger las armas a los borrachines o no venderles.

Es triste ver cómo se llenan las cárceles y los panteones a la vez, de pobres indios, que en realidad no han cometido más delito que embriagarse, pues si algún crimen cometen durante la intoxicación alcohólica, lo hacen en un estado tal de inconciencia que al día siguiente, cuando amanecen en la cárcel nada recuerdan o si recuerdan nada niegan.

El extenso distrito de Papantla es de los clásicos en este últimos género. Como los demás de que he hablado, también produce el famoso "*refino*", pues la aromática vainilla no es intoxicante por fortuna. No creo que Papantla tenga tantas fábricas de aguardiente como Jalacingo y hasta me imagino, pues esto no lo comprobé, que la mayor parte del aguardiente que se toma en Papantla viene de Martínez de la Torre y de Tlapacoyan, esos municipios tan "*socorridos*" por los fabricantes de veneno. Lo cierto es que en Papantla, uno de los distritos más ricos en criminalidad, el pobre indio se "*refina*" diariamente y comete los crímenes más repugnantes. La estadística de los delitos que allí se cometen, demuestra lo siguiente: por cada cien causas que se inician, noventa son por homicidio o lesiones, ocho por estupro o violación y dos por robo. Es tan pequeño el porcentaje de los demás delitos que ni merece tomarse en cuenta. Pues bien, los noventa homicidios o lesiones y los ocho estupros o violaciones, tienen su origen en el "*refino*". Intoxicación completa produce

crimen completo o sea homicidio, pues el borrachín o borrachines, después de machetear, apuñalan, de modo que recoge el Juzgado, en vez de un cadáver, los pedazos de un cadáver o un cuerpo inerte con diez o quince puñaladas amén de tres o cuatro perdigones. Intoxicación a medias, generalmente produce lesiones más o menos graves, o estupro y Violación.

Hace pocos días, la prensa de México, lanzaba los más truculentos gemidos ante un cuádruple crimen cometido en la casa del pulquero Basurto. Desde el asesinato de los Dongo, nada se ha visto tan cruel, tan brutal, decían los rotativos. Efectivamente, tal vez en la capital de la República, nada se haya visto tan bárbaro; pero nosotros los jueces de provincia hemos visto "*cositas*" más terribles y hasta hemos tratado con los criminales "*téte a téte...*"

Nada menos que en el distrito de Papantla, yo tuve en la cárcel a dos sujetos apellidados Jiménez, que por un quítame estas pajas, habían hecho una carnicería espantosa en sus propios familiares. Los Jiménez acabaron a machetazo limpio con siete individuos de su propia familia. Desde el padre hasta el último vástago... Y ese padre era tío de los asesinos. Y así como éste, yo tengo en cartera otros crímenes que iré mencionando en el curso de estos apuntes.

Si se llevara a cabo una estadística minuciosa de la criminalidad entre los indios de la República, fácilmente se demostraría que el alcohol es la gran fuente de esta desgracia. Pero los envenenadores sostienen con un cinismo imponderable, ya que no

puede ser otra cosa, que el indio no puede vivir sin el aguardiente. Y los llamados estadistas, que los ingresos del gobierno mermarían mucho, que sería gran pérdida. Puede que sea esto último, pero es preferible restringir, reducir a su más mínima expresión la burocracia y acabar con los envenenadores del pueblo, que ni siquiera pagan con exactitud sus impuestos. Yo sé muy bien que el fabricante que produce mil barriles al año sólo manifiesta cien, para defraudar al fisco y que los llamados inspectores, sólo "*inspeccionan*" la caja de dinero del burgués envenenador para ver cuanto pueden sacar.

Hay que gravar fuertemente el alcohol o prohibirlo en los distritos rurales más poblados de indios, cuando menos. Pero hay que hacer algo.

ESCUELAS, MISIONEROS Y OPOSITORES.

HE dicho y no me cansaré de repetirlo, que precisa crear escuelas y más escuelas rurales y lanzar un verdadero ejército de maestros misioneros a las sierras, hasta la ranchería más recóndita, para enseñar al indio las letras, para explicarle que la Revolución que lo ha libertado de la esclavitud del terrateniente, quiere librarlo también de la peor de las esclavitudes: de la ignorancia.

Por eso cuando veo que hay gobernantes que aumentan en sus presupuestos la partida destinada a Escuelas Rurales y expresamente se preocupan por ellas aumentándolas al máximo posible en cada distrito, no puedo menos que tributarles, *in mente* aunque sea, el más cálido elogio. Así lo ha hecho el Ingeniero Tejeda al mes de recibir el gobierno de Veracruz. Ha aumentado hasta treinta y siete el número de Escuelas Rurales en cada ex-cantón en donde sólo

existían diez o doce. Ojalá que la política "*intestinal*" de provincia, no le obstruyere su programa de educación indígena. Tejeda sabe bien la necesidad de libertar al indio de la ignorancia, como único medio de libertarlo de la esclavitud. De nada sirven las leyes más radicales en pro de la libertad; resulta irrisorio nuestro hermoso capítulo Constitucional sobre los derechos individuales, mientras el indio, que forma la inmensa masa de nuestra población no sepa leer y escribir en español. Todas nuestras hermosas teorías serán objeto de mofa por parte del "*tinterillo*" pueblerino, que le saca, como Shilock, su libra de carne a cada indígena que cae en sus manos valido de que ignora el idioma español y no tiene ni noticia de los magníficos artículos de nuestra Constitución. Por todo esto, Tejeda envía maestros rurales y excita a los municipios para que hagan lo mismo.

La oposición de los terratenientes y burgueses sordamente no se ha hecho esperar. Siempre obstruccionan todo lo que tiende a favorecer al indio. Sobre todo los españoles que tienen comercios y haciendas en los pueblos y que, como es lógico, conservan el mismo espíritu de sus ancestros, los encomenderos. Esta oposición a todo lo que beneficie al indígena, no es nueva; al contrario, muy vieja.

Para que no se diga que hablo de memoria o con pasión, he procurado y procuraré, en estas notas, que mis afirmaciones se sustenten en hechos bien notorios o en documentos, que cualquiera que guste puede

tener en sus manos, sin más que el pequeño trabajo de ir a las Bibliotecas.

Voy a citar pues, algunos casos. Todas las leyes y disposiciones que favorecían a los indios, en los tiempos de la dominación española siempre encontraron la más enconada oposición. Veamos lo que dice el Padre Calvo, historiador jesuita, a propósito de las medidas adoptadas por el Virrey don Sebastián Ramírez de Fuenleal: "*Hizo jurar a los encomenderos que tratarían cristianamente a sus indios, quitó a los clérigos sus repartimientos, así como la facultad de herrar (óiganlo bien los llamados revolucionarios de agua tibia) a sus indios, etc.*" Pues bien, estas disposiciones que reflejan tan sólo un espíritu de justicia y de humanidad, merecieron los más activos ataques por parte de los encomenderos, clérigos o no, que según dice el mismo historiador "*resolvieron enviar a la Corte un regidor en nombre de todas las ciudades de Nueva España, para que manifestase al Emperador que sobrevendría la inminente ruina del reino en caso de adaptarse las leyes ideadas por Ramírez de Fuenleal y para que solicitase del monarca contuviera a los frailes franciscanos que DABAN ALAS A LOS INDIOS*". El ilustre Obispo Ramírez de Fuenleal, por su parte y los oidores de la audiencia informaron "*que los encomenderos eran los positivos perturbadores del orden, pues que la Nueva España estaba quieta y más lo estaría si aquellos con sus extorsiones no dieran ocasión a los indios de alborotarse*". Como se ve por lo anterior, no me aventuro ni calum-

nio, al afirmar que todas estas leyes y disposiciones favorables al indio, traen aparejada la oposición de las clases adineradas. ¿Qué cosa más inhumana y más estúpida puede inventarse que "*herrar*" a los indios? Si las mismas bestias sufren horribilmente y demuestran su dolor con mugidos, relinchos y rebuznos, ¿cuánto no sufriría el infeliz jornalero marcado con hierro candente por su bárbaro conquistador? Y esto no sólo lo hacían los gañanes más o menos brutos que, con esa clásica sed de oro, venían de España, sino lo mismos clérigos, que llegaban hablando de la dulce doctrina de Jesús. Bien es cierto que la doctrina del Cristo nunca ha sido bien entendida en España, que aun está liquidando "*kármicamente*" como dirían los orientalistas, los nefandos crímenes cometidos en todos los tiempos por la clericalla holgazana y de perversos instintos que siempre la ha dominado.

En el año 1544, se trataba de cumplir las llamadas "*Nuevas Leyes*" de Carlos V, y los encomenderos y gente de su laya, armaron tal alboroto, intrigaron tan recio, que al fin obtuvieron la derogación de esas leyes, que no tenían más mérito que reconocer que el indio era tan ser humano como su verdugo, el español, y suprimían la esclavitud. El mismo Padre Cavo, que ya he citado, dice que al saberse en México la derogación de las Nuevas Leyes, los encomenderos que rebozaban de satisfacción por su ignominioso triunfo "*lo celebraron con juegos de cañas y corridas de toros...*" En cambio los indios "*al ver que cele-*

braban con públicos espectáculos su esclavitud entraron en gran abatimiento que quizás contribuyó a que la peste hiciera en ellos mayores estragos..."

Después, a través de nuestra historia llamada independiente, el mismo fenómeno se repite a cada instante. Mientras los Jefes Políticos y demás gente de su calaña, se ocuparon preferentemente en la persecución de los indios que se atrevían a romper su esclavitud; mientras los Gobernadores, sólo protegían la explotación inicua del indio en el campo y en las ciudades, los terratenientes y los tenderos de ultramarinos más o menos ricos, estaban encantados. Para ellos el prototipo de un buen gobernante es el que tien el poder para usarlo en favor de los explotadores contra los proletarios; el que protege al "gachupín" que valido de la ignorancia del indígena, lo despoja de su parcela en connivencia con Notarios sin conciencia y sin moral, el que sirve los intereses del fabricante de venenos en gran escala, eximiéndolo por medios ilícitos de las contribuciones, el que le da al terrateniente toda la fuerza pública para que avance sus mohoneras dentro de las comunidades de indios. Pero, el que dicta leyes restituyendo al indio lo que le han robado, el que crea Escuelas, para que salgan los parias definitivamente de su esclavitud; el que, procura hasta donde la honradez y la arraigada convicción burguesa de sus colaboradores lo permite, que la justicia esté en manos de jóvenes de ideas modernas, amigos del proletario, para que éste no siga siendo despojado de sus parcelas, (que ayer

se obtenían por la fuerza y ahora por las triquiñuelas de Jueces, Notarios y "*tinterillos*"), el que, como el ingeniero Tejeda hace todo ésto, no sirve para los modernos encomenderos y tiene que hallar a su paso la más enconada oposición. Unas veces franca en el campo político; otras "*emboscada*" en el espíritu de algunos "*reaccionarios de pura sangre*" que fingen amistades y se proclaman a sí mismos, indispensables colaboradores...

Por esto, es preciso que los que sinceramente creemos en la necesidad de las Escuelas Rurales y de los Maestros Misioneros, colaboremos sin descanso en esta obra, por medio de la prensa, del libro, del mítin, de la conferencia o de la charla... El fin, justifica cualquier medio.

LAS CARCELES.

OTRO de los problemas que el Gobierno de Veracruz, tiene que afrontar tarde o temprano, es el relativo a las prisiones. Desde mi primera visita a la Cárcel Pública de Chicontepec, me dí cuenta de que aquello era, no digamos antihigiénico, ni sucio, sino sencillamente una pocilga o más bien varias pocilgas. La llamada cárcel de esa ciudad, se compone de tres piezas, aproximadamente de cinco metros cuadrados cada una, con paredes de adobe y techo de teja. El piso es de tierra apisonada y cada pieza no tiene más que una reja de madera y un agujero circular como a tres metros del piso. Las rejas se cierran con cadenas y candados y el agujero tiene dos barras de hierro cruzadas. Sobre esos cinco metros cuadrados conviven alrededor de quince o veinte indígenas, pues el Juzgado tiene un promedio de sesenta a ochenta presos, entre sentenciados y procesados. Allí en ese pequeño local y tirados so-

bre petates o jergones duermen aquellos infelices; allí pasan sus enfermedades, que no son pocas, y allí mismo, de vez en cuando, se dan de garrotazos o de cuchilladas...

Naturalmente que la Cárcel de Chicontepepec, con todo y ser como es, es la gloria comparada con la de Puerto México. Antes de ir a Chicon, yo estuve en ese infierno ardiente que se llama Puerto México, Coatzacoalcos y por mal nombre "*Puerto Niguas*". Aquella cárcel, o lo que así se llama, de Puerto México, sí que es un antro... Es una pequeña galera techada de lámina de zinc y dividida en tres pequeños compartimientos. Creo que cada pieza de esas no tiene ni tres metros cuadrados. Allí mismo están los agujeros que sirven de "excusados" y allí conviven más de doscientos individuos de distintas razas y colores, pues hasta negros y amarillos, había pesos cuando yo estuve. Recuerdo que hice una exposición de todo ésto al Gral. Jara que entonces gobernaba el Estado; pero ni tuve respuesta, ni creo que se haya pensado en darla, por entonces...

En la cárcel de Chicon, una de las piezas está destinada a los sentenciados. Allí extinguen su condena varios infelices a quienes la suerte en vez de hacer generales, convirtió en reos del orden común. Recuerdo un indio, áspero y dominante, que era el celador de aquella pequeña cárcel y a quien todos temían. Este pobre campesino me contó varias veces su historia. —"Señor, es una injusticia que yo esté aquí. Yo soy revolucionario y no bandido. Yo sé

de muchos que conocí por esta región, que andan de generales y cosas "*piores*" hicieron... Figúrese, que yo me levanté en armas con varios compañeros porque nos quitaron nuestras tierras. Matamos algunos; pero fué en combate y si quemamos algunas casas, fué porque eran de los enemigos"—. Aquél hombre estaba sentenciado, si mal no recuerdo, a doce años de prisión, y se le atribuían varios homicidios, incendios y otras lindezas por el estilo, que no han sido cosa muy rara que se diga, en nuestras luchas fratricidas. Lo que si llamaba la atención y lo hacía famoso, es que se aseguraba que se comía el corazón de sus víctimas... Puesto en el terreno de las confidencias, yo le pregunté varias veces si era cierto esto último, y siempre me protestó que era calumnia de sus enemigos los terratenientes políticos...

En estas cárceles del Estado, los reos terminan por rogar que se les permita salir a trabajar, aunque sea de balde. ¡Qué tal se sentiran adentro! Las menos malas que he visto, son las de Jalacingo, Huatusco y Papantla. La de Jalacingo es hasta "*elegante*" comparada con las demás. La de Huatusco tiene tan pocos presos y está tan bien situada, que los reclusos en ella, se hallan a su gusto. Mira al parque y la Alcaldía; tiene ventanas que permiten a los reclusos asistir a todas las fiestas que se celebran en el parque y en los corredores de la Inspección de Policía. Yo he visto, a dos homicidas presenciar desde estas ventanas los bailes del carnaval y realmente parecían encantados de la vida.

En Papantla, la cárcel es bastante amplia y tiene agua dentro del mismo local, cosa que permite a los presos bañarse a su gusto. Lo único malo es que como en esta región abunda el paludismo, allí están los palúdicos sacudidos por la fiebre entre los demás y es claro que los moscos se encargan de propagar el mal.

Cuantas veces he tratado este problema de las cárceles con los Presidentes Municipales, me han manifestado que no pueden hacer más de lo que hacen, por la penuria de los Municipios. Además, los sentenciados las van llenando, sobre todo en distritos como Papantla, donde tanto abunda la criminalidad... Si los sentenciados pudieran ser trasladados a una Penitenciaría del Estado, las cárceles de los distritos mejorarían un poco. Yo no sé si la Cárcel de Allende de la ciudad de Veracruz podría llenar este objeto; pero he incluido este problema en mis apuntes, para que un Gobernante como el Ing. Tejeda, fije su atención en él, en la seguridad de que tratará de resolverlo, de acuerdo con las ideas más modernas, creando en el Estado de Veracruz la primera Cárcel modelo en donde los presos, no sólo estén matando el tiempo, sino se dediquen a oficios y labores, que puedan regenerarlos.

Yo creo que con la cuarta parte de lo que se gastó en el monumental Estadio de Jalapa, se hubiera hecho una penitenciaría moderna, y los infelices que caen en las prisiones estarían bendiciendo el nombre del general Jara.

LOS TINTERILLOS.

ANTES de tratar indistintamente de los demás distritos veracruzanos en que he actuado, quiero hablar de una de las plagas más voraces que tiene que sufrir el indio de las sierras: los tinterillos. A su sólo nombre se estremecen los pobres, a pesar de su habitual resignación y cachaza.

Esta plaga, que es más abundante en los distritos rurales en que los indios son víctimas del aguardiente, se dedica a explotarlos, ofreciéndoles el oro y el morro. En Chicontepec, son pocos, lo mismo que en Huatusco; pero en Jalacingo, Puerto México y Papatlá, son una verdadera pléyade de una voracidad superior a la famosa langosta. En Jalacingo existe como un acuerdo tácito entre ellos. Se tiran a degüello, cuando están solos, cuando nadie les perturba la posesión de la plaza; pero en cuanto se presenta algún abogado, con ideas de quedarse por aquellos rumbos, todos a una se le van encima. Primero, tra-

tan de desalentarlo, indicándole que no hay nada que hacer; que el Juzgado es la imagen de un cementerio; que las gentes no se pelean, etc.; después, si el interesado insiste en no irse, lanzan sordos gruñidos y al mismo tiempo comienza el "*boycot*". Quiere usted una casa: no hay; desea un catre, le cuesta quince pesos el arrendamiento; llega alguna persona a buscarlo, lo atrapan, lo llevan a tomar una copa, le dicen que es usted "*extranjero*", que pronto se irá y que no conviene que le den el negocio; y así sucesivamente, hasta que se prefiere levar anclas. Yo estuve dos años en este distrito y a decir verdad encontré allí muy buenos amigos, tanto en Jalacingo como en Altotonga; pero desde el primer momento declaré que yo no litigaría. En efecto, sólo me dediqué a la Notaría. Sin embargo, no faltó algún "*tinterillo*" que después de abrazarme con lágrimas en los ojos, pretendiera *cocearme* a la primera oportunidad. Yo bien que le vi la hipocresía y la traición en los ojuelos grisáceos, desde el primer momento y me dió lástima.

El método de los tinterillos de Jalacingo y Puerto México es bien claro. Procuran a toda costa que el Agente del Ministerio y el Secretario sean de la misma localidad; algún socio de ellos. Así no necesitan para nada del Juez. Todo lo que piden lo apoya el Agente y lo acuerda el Secretario y al Juez le presenta el "*guiso*" hecho, para firmar. Solo teniendo mucha malicia, se cae en la cuenta. Son tan tiernos y suaves a veces los Secretarios y, sobre todo, tan

leales al Juzgado, que el Juez se siente enternecido, y se entrega como pichoncito. Cuando no pueden aplicar este método, tratan de comprar al Juez y cuando éste les fracasa, entonces comienzan las quejas con mil nombres distintos.

El pobre indio que cae en sus manos, es hombre al agua. Que dé gracias a sus penates si no le quitan hasta el pedazo de tierra en que vive con sus familiares. Siempre piden dinero adelantado. Después más dinero adelantado y el cliente, ya montado en el Chivo, que aguante los corcoveos, o que huya des-pavorido de esos toneles, que como el de las Danaides, nunca se llenan....

Los tinterillos de Papantla, son de distinto género. Estos son muy atentos con el Juez; procuran no hacer ruido; se escurren entre las piernas del Secretario y su negocito lo "*amarran*" con los escribientes. Los hay de diferentes categorías: de primera, de segunda y de tercera. Los de primera, tienen despacho, teléfono, mecanógrafa y varios "*soltadores*" o "*amarradores*" aunque los términos sean anti-téticos. Estos subalternos de los tinterillos se dedican, como su nombre lo indica, unos a soltar la presa, otros a amarrarla y sus jefes son los encargados del estoque. Es algo así como una cuadrilla de toreros. El soltador vigila a llegada de los reos al Juzgado y les habla en las antesalas del mismo; les previene que se cuiden de los "*explotadores*" y que si quiere salir pronto, que vea a don Fulano; el "*amarrador*" está cerca de la cárcel o dentro de ésta y

ratifica lo dicho por el soltador, agregando que "*el señor Juez está de acuerdo con el susodicho Fulano*". Así preparaba la res, digo la víctima, nombra defensor al Tinterillo de las maniobras, y éste, adornándose por "*todo lo alto*", le pide, por de prontas providencias, como aperitivo, cien pesos. El indio, suda el quilo, rezuma el alcohol que provocó su delito; pero manda a la esposa, a la hija, o a cualquiera en busca de su plata "*enterrada*". Después, el tinterillo, si cabe la libertad caucional, la gestiona. Hecho esto, se hace "*el muerto*", como hacen algunos hábiles insectos cuando se ven en peligro, y espera que la prescripción venga a sacarlo de sus apuros.

Los de segunda, no tienen despacho. Andan sueltos, como esos perros que siguen a los más bravos, y van recogiendo los "*huesos*" que estos dejan. De vez en cuando, atrapan alguna buena presa, la tragan rápidamente y salen huyendo. Cuando algún pobre campesino ignorante cae en sus manos le quitan hasta las aves de corral; cuando alguna infeliz viuda les entrega sus títulos privados de propiedad, corren a adjudicársela, en complicidad con Notarios impúdicos, que no faltan por desgracia. Esos de segunda, no tienen ayudantes. Se las arreglan solos y a veces estás horas y horas, en espera de su presa, a las puertas de los juzgados.

Los de tercera, más que "*rábulas*" son ayudantes o "*amarradores*" de los abogados. Van y vienen por los Juzgados, "*oliendo*" negocios civiles y penales, para llevárselos a su "*patrón*". Este, los utiliza para

sacarle la plata a los indios, para que firmen las promociones, para que aparezcan en fin, en los litigios, que por sucios o pequeños, no convienen al abogado. Como disfrutan de la confianza de sus jefes y llegan a ser hasta sus cómplices, tienen buenos ingresos. Pronto se convierten en propietarios de "*parcelas*".

Y entre todo este engranaje, el pobre indio, ignorante y esclavo del alcohol, pasa como espiga entre las muelas del molino. Le extraen lo que tiene y el resto... a la cárcel.

Es claro que toda regla tiene excepciones. Y así como hubo un Bartolomé de las Casas, defensor del indio durante la tiranía brutal de los encomenderos, así hay muchos "*tinterillos*" que defienden lealmente al indio y no lo explotan. No hacer esta salvedad, sería injusto.

LA ESCLAVITUD "PATERNAL"

SE ha hablado con mucha frecuencia en los últimos tiempos de la libertad del indio y de su esclavitud. Los terratenientes y los burgueses niegan que haya existido tal esclavitud a partir de la Independencia, y aseguran que el trabajador indígena era tratado "*paternalmente*" en las fincas de campo.

Antes de exponer la situación del jornalero en las fincas donde recibía este trato llamado "*paternal*", quiero hacer algunas remembranzas de su situación en la época colonial, insistir sobre este tema, que parecerá todo lo aburrido que se quiera a los que viven esa vida ficticia de las grandes urbes, pero que está lleno de interés para los que hemos seguido paso a paso los acontecimientos nacionales de 1910 a la fecha y deseamos formar un criterio sólido sobre las causas de esta lucha, que a ratos ensangrienta nuestro territorio. Mientras no queramos "*ver claro*" en

este problema, seguiremos tan frescos como aquellos "*santos de Francia*" del dicho vulgar, "*que tienen ojos y no ven...*" Porque si alguna clave tiene el problema es ésta: Los sufrimientos de los indios trasmitiéndose a sus sucesores y el despojo continuado y Metódico de la tierra, generaron ese odio y esa desesperación, que hicieron tan fácil el reclutamiento de soldados, para derrocar la opresión. Los caudillos, los jefes más sinceros del movimiento revolucionario salieron de los distritos rurales, de los ranchos o de los pueblos incrustados en las sierras. Fueron gentes que conviviendo con los indios se dieron cuenta diaria de sus torturas. Un poco de sentimiento, de idealismo si se quiere, o esa protesta innata contra la injusticia que vive en las células de ciertos hombres, los llevó a la cabeza de los oprimidos. Estos son los verdaderos revolucionarios; los otros, los que se agregaron por odios contra X o Z, los que empuñaron las armas para obtener una fortuna, que sólo apostaron su vida contra la riqueza; los que, apenas triunfantes, han volteado la espalda al campesino para embriagarse entre los brazos de las hetairas; los que han sido después los burgueses más insolentes, protectores de toda clase de vicios, estos no entenderán nunca el problema. Sólo querían quitar a los que estaban gozando para ocupar su sitio.

Precisamente Mendieta nos da un antecedente magnífico. Veamos lo que dice: "*Siendo yo guardián en la ciudad de Tepeaca en cuya comarca hay muchos labradores vino a mí un indio... y díjome: "Pa-*

dre yo he servido de gañán a fulano, español, y ahora vendió a otro su estancia y labor, y al que salió de ella yo no le quedé a deber nada y al que entra allí de nuevo, tampoco le debo, ni le quiero servir, sino estarme en mi casa con mi mujer y mis hijos, y labrar mis terrezuelos. Un su criado me hace fuerzas para obligarme a servir en aquella labranza. Ayúdame que yo no quiero quedar allí cautivo". Supe que el criado de aquel labrador era un mozo portugués y enviéle a rogar que se llegase al Monasterio, y venido, preguntéle si el indio le debía algún dinero a él o a su amo. Respondióme que no debía dinero, más que debía servicio, porque era gañán de la hacienda de su amo y que había de trabajar en ella. A lo cual le repliqué yo que, como era gañán de la hacienda de su amo, ¿qué título de obligación tenía? A esto respondió: que el título era, que el dueño de aquella hacienda la había vendido a su amo con tantos gañanes de servicio, y el uno de ellos era aquel indio. Entonces le pregunté y dije: Pues los que tienen haciendas de labor, cuando las venden a otros, ¿también venden los gañanes con ellas? Sí señor, dijo él..."

Estas líneas contienen todo el drama de la esclavitud indígena, tal y como se siguió practicando en casi todos los Estados de la República después de la Independencia. Yo no hablo de memoria. He sido testigo hasta el año de 1915 de esa esclavitud y he protestado contra ella varias veces, por la prensa, por medio de folletos y en varias conferencias. Precisamente publiqué una de esas conferencias llamán-

dola "*La Reacción del Privilegio*" a propósito de las maniobras desarrolladas por los terratenientes de Yucatán para volver a esclavizar "*paternalmente*" al indio maya.

Siendo estudiante, y durante mis vacaciones yo vi repetidas veces tratar a los indios como esclavos; los oí gemir bajo el golpe brutal del azote; ví a los jefes políticos persiguiéndolos, cuando huían de las fincas henequeneras, cansados de tanto palo; varias veces escuché las órdenes que daba el cacique, (Jefe Político), lanzando una verdadera jauría detrás del prófugo; supe y comprobé, que los hacendados se ayudaban los unos a los otros, denunciando a los indios que se refugiaban en sus fincas y que pertenecían a otras; ví con mis propios ojos, que como dice el mozo portugués de Mendieta, se vendieran las fincas tomando en cuenta, principalmente, la cantidad de indios que las servían como esclavos. Este es el trato "*paternal*" que tanto se invoca...

La verdadera liberación del indio comenzó realmente a partir de 1918. Sin embargo, en muchos Estados los "*cacicones*" amigos de Carranza, que sustituyeron a los Jefes Políticos, eran de su misma ralea. Solo cuando Obregón se propuso aplicar la Ley Agraria con intensidad, y cuando, se predicó en las rancherías que eran libres, los indios empezaron a creerlo. En Yucatán, justo es confesar, que Salvador Alvarado, hizo una intensa campaña en este sentido. Yo lo atacué rudamente, como político irrespetuoso de la vida humana, cuando vivía, cara a cara, leal-

mente; pero no soy un necio pasional, para pretender que su obra en materia agraria, no fue como debe ser: agresiva y eficaz. Así es como yo he creído siempre que se deben hacer las cosas, pues hasta hoy *"ningún derecho se ha concedido al que lo pide de rodillas"*. Alvarado era dinámico, con un dinamismo arrollador; pero yo creo que su labor en materia agraria fue sincera, rabiosamente sincera, si se quiere; y es lógico, pues él vivió mucho tiempo entre los humildes campesinos, también supo de los tormentos, vió azotes y sintió los dolores y la humillación del indio.

Por todo esto, yo creo que lo urgente, lo imperioso dentro de la actual situación nacional, es la escuela rural, el maestro misionero, la lucha contra el alcohol. La voz del Presidente Portes Gil alzándose contra el alcohol desde Tribuna tan alta, como la Presidencia, es algo que merece bien de la humanidad y la Patria. Son tantos los intereses que se mueven, que rodean, que asfixian al individuo que ocupa la Primera Magistratura de la Nación, que cuando a pesar de todo, eleva su grito contra esos intereses, merece grande admiración.

Mientras no se enseñe al indio a leer y a escribir, mientras no se le enseñe con las letras, sus derechos, de nada sirven las leyes más hermosas. Ya lo dije y lo repito. Saldrá de una esclavitud para caer en otra. Y lo que precisa es libertarlo definitivamente.

HORRORES EN RUMANIA.

EN todos los países, bajo todos los climas, el campesino ha sido víctima de los poderosos, de los que aman la molicie, de los que solo saben vivir a costa del sudor ajeno... hasta que el pobre ha roto sus cadenas en forma violenta.

En Rumanía, hasta últimas fechas el partido campesino se hizo dueño de la situación; pero antes de la guerra europea vivió en constante rebeldía. Me parece apropiado considerar en éstos apuntes, algunas páginas de los escritores rumanos que hablan de esta situación, entre los que descuella por su estilo vibrante e hiriente, Panait Istrati. Las páginas de este escritor rumano cantan, lloran, ríen, injurian, reflejando maravillosamente el sentimiento de esos pobres proletarios que hicieron tan popular y tan querido el nombre de "*aiduc*".

El campesino rumano, como el mexicano en manos de los encomenderos antiguos y modernos, era

la eterna víctima. Las esposas, las hijas, los bienes, todo era pasto de la rapacidad de los señores de horca y cuchilla, que vivían regaladamente en las grandes ciudades, grandes centros de vicio, y que sólo bajaban, como buitres a los centros rurales, para cometer todo género de tropelías. Lo mismo da que se llamaran prefectos, y obispos, sultanes que "*agas*" o "*poteraches*".

Voy a transcribir una página de un relato escalofriante, que por sí sólo, dará a los espíritus generosos, la clave de la desconfianza y el odio ancestral que siente el proletario contra el poderoso. Este relato muestra el escándalo, los atentados cometidos contra las familias de los infelices campesinos de un Distrito Rumano y refiere las orgías criminales de algunos poderosos. Dice así: "... En esta época los raptos de niños estaban en su apogeo. De todos los males que castigaban a la población éste era el peor sobrellevado. El campesino aguantaba las demás calamidades con el corazón más o menos triste: impuestos, flagelaciones, violaciones. Pero quitarle un pedazo de su carne era como quitarle la propia vida, sabiendo como sabían, la suerte que esperaba al desgraciado niño. Había oído hablar de padres que abandonaban su cabaña y marchaban como perros rabiosos en busca de su hijo y desaparecían para siempre.

En nuestro distrito el Aga de Braila era el gran "*capcaune*". Su amigo, el obispo de Galatz, se regalaba con él y prefería los muchachos a las niñas, mientras que el tercer amigo, el boyardo Damitraki Carnu,

tenía gustos opuestos, como ya he dicho. Una vez terminada la orgía se embarcaba a las pequeñas víctimas hacia Tzarigrado. Había madres que perdían la razón implorando misericordia ante las puertas de los poderosos. Se las rechazaba como si fueran fardos sucios.

¿Cómo no hacerse aiduc? Sentía ante estos tres salvajes uno de estos odios que hacen que se alegre el corazón delante la muerte. Y he aquí que un día, dos años después de nuestra ruptura con la ley y con la iglesia, Kyra nos hizo llegar estas palabras: *"Esta noche, en casa, algunos muchachos derramarán lágrimas de sangre. ¡Sed aiducs! Se sabe que estáis muy lejos y por eso no se os teme"*. Nos encontrábamos, en verdad, muy lejos de Braila, por los parajes del *"Babadag"* turco. Y era ya la hora de vísperas cuando un hombre nos trajo esta noticia.

"Miré a Cosma a los ojos; parecía dudar. Entonces le mostré mi pecho desnudo, a tiempo que le decía: "Hiere, Cosma. Es veneno lo que manará de la herida".

"Cosma se levantó. Tomó su caballo y dijo: "¡Eh Aiducs! ¿Quién quiere seguirme durante diez horas sin comer? ¿Quién quiere jugarse la vida por una madre que se está arrancando los cabellos? ¿Por niños que maldicen de la vida?"

"Eramos veinte. Los veinte estábamos a caballo antes de que Cosma hubiera terminado de hablar. Y a la hora del primer canto de los gallos, después de

una penosa carrera a través de pedregales y maleza, llegamos al foso que rodea Braila.

"El han estaba sumergido en el sueño. Ninguna luz, ningún signo de vida. Una lluvia fina que caía desde la víspera había empapado el suelo cenagoso. La casa de la desgracia, blanca como la nieve, ponía una mancha de pureza criminal en el cielo enlutado. Los aleros desplegaban sus grandes alas negras y húmedas, como las de un ave de presa monstruosa que incubase una nidada funesta, mientras que los balcones de madera se alineaban sobre la blancura de las fachadas..." El resultado de esta expedición, viene un poco más adelante: "De un sólo manotazo el obispo, el poderoso Aga y el honrado Sfetnic fueron arrancados de su carruaje y de su embriaguez; tres nudos corredizos les fueron pasados por el cuello y, culpables y justicieros, en revoltijo bajamos la pendiente con el único deseo de llegar pronto a nuestras cabalgaduras. ¡Ah, padres doloridos! ¡Muchachos que tembláis sobre el regazo de vuestra madre! ¡Vosotros también, capcaunes que ofendéis el rostro que Dios dió al hombre. Venid corriendo a ver la carga endiablada que llevan los Aiducs que barren el suelo cenagoso del Danubio, arrastrando tras de sus caballerías los cuerpos de tres grandes poderosos señores de la tierra! ¡Salid campesinos, de vuestras cabañas, y vosotros, verdugos, de vuestras doradas alcobas! ¡Mirad estos tres poderosos descuartizados cuyas órbitas, bocas y orejas, están llenas de cieno..."

Estas monstruosas fechorías clamaban como es

natural contra los opresores y no tardó el partido rumano de los campesinos en crecer como un gran río que se desborda. Los gritos salvajes de los vengadores poblaron todos los recodos de la montaña y se refugiaron en los remansos de los ríos. Poco a poco el proletariado fue ocupando las barricadas de los poderosos, aplastando a sus "*poteraches*" hasta que un día con Bratiano a la cabeza, ocupó el poder en la nación Rumana. De entonces a acá el partido agrario ha procurado restituir las tierras robadas a las comunidades, y si todavía existen obispos tan inmorales como el de nuestro relato, no tardan en recibir de las propias manos de los ofendidos el castigo que se merecen.

Libros como los de Panait Istrati, deberían ser profusamente divulgados por las ligas de campesinos del mundo entero. Constituyen el índice más enérgico que señala las podredumbres poderosas; el alarido más salvajemente justo que lanzan las víctimas contra sus seculares verdugos.

Yo he querido insertar estas páginas, y comentarlas como un argumento más en favor de la justicia que asiste al campesino mexicano embrutecido por el alcohol y esclavizado por la ignorancia, que está esperando que se le restituya íntegramente la tierra que le robaron, por la fuerza, los españoles, que aun la poseen en la mayor parte de los Estados.

HUATUSCO, LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES.

HUATUSCO "*el antiguo bosque de los conejos*", es una bella ciudad que reclina la cabeza sobre la almohada del Acatepec y baña sus pies de doncella hermosa entre las transparentes y limpias aguas del río de la Estrella. Huatusco, la ciudad de las bellas muchachas, es la ciudad de los contrastes.

Va usted—me dijeron en Jalapa—al distrito más siniestro del Estado. Esta palabra me Zumbaba en los oídos cuando en la ciudad de Córdoba ocupé mi asiento del "*trenecito*" que de esta ciudad va para Coscomatepec, en ruta para Huatusco.

Viví tres meses exactos en este llamado distrito siniestro, y a veces, pienso que los que tal me dijeron, tenían razón, en parte. Por eso he dicho que Huatusco es la ciudad y el distrito, de los violentos contrastes.

Mi labor como Juez se inició con una circular en la que pedí a todos los Presidentes Municipales y Jueces, su cooperación más decidida para reprimir la embriaguez entre las clases rurales. Era un grito de guerra contra los envenenadores del pueblo, y hoy al cabo de cinco meses, cuando escribo estas líneas, me satisface ver que el mismo Presidente de la República, patrocina gallardamente la misma cruzada.

Huatusco es el sitio por excelencia del cuchillo. Todos, o casi todos los habitantes de Huatusco llevan al cinto, entre las botas o bajo el chaleco, según su categoría, un filoso puñal. Puede usted encontrar ciudadanos que no tengan un centavo en el bolsillo, pero quien no tenga un puñal es difícil. Es el "*juquete*" favorito de la clase media, del mismo modo que el machete es el apéndice indispensable del indio. Cuando algún crimen se comete sobre un camino real o entre las sementeras, puede asegurarse que el instrumento del delito es el machete, cuando no la famosa "*chachalaguera*"; pero cuando el delito irrumpe el sociego de las ciudades o de las villas, bien puede tenerse la certeza de que un filoso cuchillo perforó varias veces la piel de un hombre. Ante la amenaza constante del puñal, las autoridades militares hubieron la necesidad de recoger estos crueles ejecutores de crímenes y venganzas. Y es curioso, más bien espantoso recordar que uno de tantos, llegaba casi al metro. Con pasmo nos preguntábamos cómo podía el sujeto que lo portaba llevar tan respetable y bárbaro instrumento. No se crea que sólo el prole-

tariado usa puñal. Un día, al recibir un abrazo cariñoso de un estimable caballero, sentí sobre mi pecho la presión de un largo puñal que aquel llevaba ágilmente escondido debajo del chaleco. Como es lógico, los pinchazos se suceden a cada instante. Lo peor es que se han acostumbrado a ello en tal forma, que dar una puñalada, se ve con la misma naturalidad y sencillez, que invitar una copa. Tuve un procesado que al día siguiente de caer a la cárcel quería que yo lo pusiera en libertad. —Pero señor Juez, me decía con la dulzura más inefable, si sólo le dí unos "*piquetitos*". Y los piquetitos eran nada menos que diez puñaladas, una de las cuales, produjo hernia del epiplon y de los intestinos, y otra sobre el homoplato llegó a tocar el vértice del pulmón. Los otros ocho piquetitos eran sendas puñaladas en la barba y los brazos que debían dejar bien deforme y señalada a la víctima. Ante el sujeto, ante la manera tierna y evangélica con que me hablaba de sus piquetitos, sentí que se me erizaban los cabellos y estuve en un brete de salir corriendo a pesar de las barrancas del Jamapa, de aquel distrito.

Pero en cambio, en contraste con esa clase media holgazana, politiquera y falsa, allí está el humilde campesino, leal y decidido, que corrió al encuentro del Gobernador del Estado, cuando los militares infidentes quisieron apoderarse del país, abatiendo las conquistas revolucionarios; allí está un grupo de gente bien nacida y sobre todo bien educada, que no participa en las zarabandas, que como abeja labo-

riosa trabaja, se divierte y vive; y sobre todo, allí están esas bellísimas muchachas de Huatusco, estupendo bouquet de rosas, y camelias, todas bellas, todas gentiles, todas amables, sin complicaciones estudiadas, sin poses "*filmicas*"... Bien saben las bellas damas de Huatusco que guardo en el rincón más perfumado de mi espíritu el recuerdo de sus dulces amabilidades y que no en este libro, que es un exponente de miserias y de crudos dolores, está el sitio que les corresponde.

En Huatusco la educación rural está bastante difundida; quizá por que el distrito se halla abrazado por las dos vías férreas del Mexicano y del Inter-oceánico que llevan y traen de la capital y del puerto, en forma retumbante, nuestra incipiente civilización. Esto no quiere decir que el problema esté resuelto. Como opina muy bien el licenciado Padilla, Secretario de Educación Pública, es preciso crear, difundir, extender como una mancha de aceite, si es preciso, la educación rural. Esta, romperá las cadenas del indio. Por fortuna para Veracruz, el Ingeniero Tejeda tiene la visión más clara del problema y de su gestión, experimentada y firme, debe esperarse la más ópima cosecha...

Pero el problema del alcoholismo, es allí tan serio como en los demás distritos. También se fabrican los endiablados menjurges, que abaten al individuo como a golpe de maza. Los vinillos de *naranja*, de *manzana*, de *tejocote* "*picados*" adecuadamente, son los propulsores de todos esos puñales, que de día y de

noche trabajan con avidez de sangre... Por ello, creo que debe combatirse con tezón el alcoholismo; que deben ser perseguidos los fabricantes clandestinos, y poner coto a los intoxicantes "zangarros" que acechan a sus presas en el recodo de todos los caminos.

Dije antes que los humildes campesinos eran leales y lo sostengo. Cuando la pasada infidencia, la mascarada trágico-cómica de Escobar y socios, los campesinos no vacilaron. Leales al Gobierno fueron en busca de su jefe. No así los politiqueros de la ciudad. Estos últimos, a la salida de las fuerzas federales iban y venían, listos para escapar como conejos, y buscando en su alarma quien resguardara con un cuerpo de voluntarios la ciudad, encontraron a un muchacho hidalguense, valiente y sincero, Jesús Careta quien aceptó ser el jefe de esos voluntarios, advirtiéndole que él era leal al Ingeniero Tejeda. Supe después que lo engañaron, haciéndole suscribir un mensaje para Aguirre; pero estoy seguro que ni por un sólo instante pensó Careta unirse a los infidentes. Después, me he enterado de que con motivo del mensaje lo destituyeron de su cargo. Sinceramente pienso que debió habersele oído antes, pues su actitud fue leal, mientras muchos andaban vacilando en otras partes.

(*) Esto me consta porque con mi secretario Pavón, fui en busca del Ing. Tejeda através de varias ciudades.—Y aquí es preciso decir muy alto que el fracaso de la infidencia en Veracruz se debió principalmente al Ing. Tejeda y a los campesinos que lo siguen. Los que vimos de cerca el problema lo sabemos bien...

Yo salí de Huatusco una mañana húmeda y fría despedido cariñosamente por mis buenos amigos; pero sé, que no faltó envenenador del pueblo, que lanzara dos docenas de cohetes en señal de júbilo. Allá él. Esos cohetes, que después de producir brusco estallido caen pesadamente a tierra, son quizás, el símbolo de la forma en que caerán todos los fabricantes de veneno, enemigos del humilde campesino, ante la campaña implacable que ya se prepara en la Nación contra el alcohol y sus explotadores...

LA LLAMADA JUSTICIA.

UNO de los más graves problemas que afecta a la República, es sin duda el de la justicia. A esta preocupación obedece el esfuerzo de los verdaderos revolucionarios tratando de crear nuevas formas y normas en la administración de justicia. El jurado popular obedeció a la necesidad de quitar a los jueces modelados en el yunque de la dictadura esas penas de los códigos de piedra que convertían a la justicia en venganza de los burgueses y de sus satélites. Desdichadamente el jurado popular ha sido un fracaso, principalmente en la capital de la República, por la deficiencia de su organización que erige en jueces a individuos fácilmente comprables por unos cuantos pesos, cuando no estúpidamente sentimentales. A este fracaso se deben injusticias tan lacerantes como la de condenar a siete años de prisión a una infeliz mujer del pueblo por un pequeño hurto, al mismo tiempo que se absolvía a un ener-

gúmeno que había dado muerte a su esposa, a su suegro y a dos familiares suyos más. La infeliz mujer del pueblo, que robó treinta pesos, quizá impulsada por el hambre y el llanto de su pequeñuelo, no tuvo suficientes dineros para pagar a los más aventajados histriones que hacen la delicia, entre risas y lágrimas, de los ociosos y las histéricas, que asisten a los jurados; el matoide, la bestia sedienta de sangre, sí pudo hacerlo, y la llamada justicia popular condenó a la una y absolvió al otro.

Por fortuna el presidente Portes Gil, que viene de abajo, que es unidad de ese proletariado intelectual a que pertenecemos, los que diariamente luchamos por el pan, sin manchar nuestra conciencia con los dineros de Judas, está procurando la solución de estos problemas, no sólo con reformas radicales a los viejos códigos de la dictadura, sino creando nuevas instituciones cuya finalidad primordial sea la defensa del proletario del campo y de la ciudad. Todo esfuerzo en este sentido merece bien de la Patria y de la Revolución. A pesar de las protestas y de los gritos más o menos sofísticos de los viejos eunucos de la burguesía y del clericalismo, es preciso avanzar, derribar sin piedad el viejo edificio de la justicia, creado por los mercaderes y los terratenientes que heredaron el espíritu y la zaña de los encomenderos.

A propósito voy a insertar algunos párrafos que se refieren a la justicia feudal, para que se vea, que aun subsisten los mismos errores, los mismos sistemas, las mismas brutalidades. Loyseau, dice: "¿Qué

pobre villano a quien le habían arrebatado sus vacas o carneros no preferirá abandonarlos al que injustamente los retiene, y está convencido que al final de cuentas él perderá hasta su propio dinero y tiempo, al pasar por tantas justicias?" Yo agregó, ¿Qué proletario de hoy se atreverá a quejarse contra los militares, terratenientes o comerciantes ensoberbecidos, modernos señores feudales, si sabe que la justicia se hará sorda a sus quejas, porque la justicia tiene miedo al militarismo y es fácilmente cotizada por el terrateniente y el comerciante?

En una representación hecha por el doctor Juan Daude ante el Parlamento de París, se dice lo que sigue: "... Que en otras los señores hacen jueces a sus parientes, arrendatarios y recaudadores; que muchos de éstos jueces tenían bastante poca delicadeza para entrometerse, postular, instruir y admitir a consulta las partes en sus mismos estrados, permitiéndose ejercer a la vez cargos incompatibles, desempeñando a un tiempo las funciones de juez, procurador de oficio y notario registrador de los actos públicos y otros de esta índole; que en la mayor parte de estas justicias no había local afecto al tribunal, ni cárcel, etc., que los papeles y documentos esenciales a la tranquilidad de las familias se extraviaban sin saber dónde se encontraban..." ¿Y qué puede decirse ahora? A pesar de los siglos corridos, el cuadro permanece intacto, la situación es la misma. ¿Quién no conoce a esos señores jueces que no tienen más mérito que ser parientes de los poderosos, y so-

bre todo, quién podrá decir que ignora los nombres de tantos jueces y aún magistrados que postulan "*instruyen y admiten a consulta a las partes en sus mismos despachos...*?" Tan escandalosos han sido algunos casos, que toda la República por medio de la prensa, se ha enterado. Y si en la capital de la Nación donde la prensa está alerta, éste es el espectáculo, ¿cuál no será el de los Estados...? Sin embargo, en los Estados, aun no es tanta la corrupción.

Yo conozco jueces, viejos gruñones y corrompidos, cuando no imbéciles, que extraen dinero, como impúdicos Shylocks de la ignorancia y la delincuencia indígenas; jueces descarados que han ido a mi despacho de Notario a tratar en nombre de una de las partes, por cierto la adinerada, negocios que se ventilaban en sus propios juzgados.

Desgraciadamente, el problema estriba en que, a pesar de la Revolución, los gobernantes revolucionarios siguen siendo fetichistas en materia de justicia. Creen que para ser un buen Magistrado se necesitan cincuenta años, cuando menos. En este sentido, los gobiernos revolucionarios de los Estados están enteramente a la altura de la dictadura. En aquellos tiempos no se concebía un buen juez sin pelo blanco. Por esto precisamente el pueblo mexicano perdió toda su fe en la justicia. Aquellos buenos viejos de la dictadura eran admirables para imponer a los pobres las penas más altas y para absolver a los poderosos, sin más consigna que un leve guiño de ojos del cacique.

Y no tiene remedio. Dígase lo que se diga, "*árbol que crece torcido nunca su rama endereza*", como dice el admirable refrán. El que se nutre espiritualmente dentro de una época, el que madura en determinadas ideas así morirá, aunque a veces finja amoldarse. Los viejos letrados, los que se amamantaron en los Códigos de Piedra, nunca podrán admitir ni comprender el concepto revolucionario de la justicia, que casi puede sistetizarse en la admirable sentencia de Séneca: "*Clementia agna pars justitiae*". Los hombres son tan naturalmente cobardes contra sus pasiones que tienen derecho a tesoros de indulgencia. Y si estas ideas deben aplicarse en tratándose del común de los ciudadanos, ¿con cuanta más razón al pobre indio, que por nuestra culpa, es ignorante, que por nuestra perversidad es muchas veces idiota...?

Los hombres, dice Richet, a pesar de sus errores buscan la verdad; a pesar de sus vicios desean el bien; a pesar de sus faltas, aspiran a la generosidad. Y agrega: "*Los estatuarios y pintores se equivocan al pintar a la justicia armada de una espada. Sería mejor simbolizarla generosa, amable, risueña y con los brazos abiertos. Así interpretada se confunde con el amor. Puesto que todos los hombres aspiran a la felicidad, la suprema justicia consiste en proporcionarles toda la dicha que nuestros humildes esfuerzos puedan conseguir...*" Estos soberbios conceptos de la justicia ¿los podrán admitir los que están acostumbrados a confundir la justicia con la venganza? Por eso, mientras las mayorías de los tribunales no es-

ten compuestas de jóvenes letrados, el pueblo seguirá esperando en vano, los frutos de la Revolución en materia de justicia. Aun con nuevos Códigos, los viejos letrados aplicarán los antiguos métodos.

He querido tocar este problema, con términos a veces demasiado duros, quizá porque la dureza en el lenguaje es un estado de la indignación espiritual, porque deseo ayudar a la labor de reformas del señor ingeniero Tejeda, verdadero amigo de los pobres campesinos, que son en síntesis, las principales víctimas de esta justicia medioeval. Urge reformar los Códigos Veracruzanos como quizá urge reformar los de toda la República. Con los códigos actuales, el infeliz que se ve compelido ante un tribunal, se ahoga entre el formidable "*papeleo*". Fojas van y fojas vienen para dilucidar la propiedad de una pequeña parcela de tierra, que un ricacho por medio de la fuerza o el engaño, arebató a un pobre campesino. Y a la postre, el ricacho orondo y satisfecho se queda con el fruto de su rapiña. Fojas van y fojas vienen para averiguar que el indio Fulano de Tal es el autor de estas lesiones o aquel homicidio. Y el indio, autor material del delito, tiene que sufrir conforme a los Códigos actuales tremenda condena, mientras se pasea en poderoso carro el fabricante de veneno que lo intoxica y que en realidad es el verdadero autor del crimen.

Yo abogo por la justicia breve, sin "*papeleo*", sin pomposos trámites que solo asfixian al pobre y en cambio permiten al rico criminal preparar las coar-

tadas que tan sutilmente le dejan los Códigos burgueses.

Abogo, porque la justicia sea puesta en manos jóvenes y honestas; cerebros forjados en la inmensa piedad de las revoluciones y ojalá que la inquietud que sacude el ambiente en este sentido, cristalice.

¿O tendremos que copiar entre veinte años los mismos párrafos medioevales que he copiado en este capítulo?

Hay que tener fe en la Revolución; pero es preciso ayudarla a realizar su obra, con la fuerza si es necesario. Recordemos siempre, *que hasta hoy ningún derecho se ha concedido al que lo pide de rodillas...*

SISTEMAS MODER- NOS DE DESPOJO.

EL problema del despojo de las tierras de los indios, que ya he apuntado al tratar de los indios de Poxtectitla, del Distrito de Chicontepec, es algo así como el "*pan nuestro de cada día*" en todos los distritos veracruzanos y probablemente en todo el país. A mayor ignorancia del indio corresponde mayor despojo. Por eso es que en los distritos más poblados de indígenas, es donde el problema agrario es más agudo. En Huatusco, donde la propiedad está más subdividida no hay tanta acritud entre el propietario y el pequeño agricultor. Quizá por la misma índole del cultivo; pero tampoco deja de existir el problema. He observado que en las tierras calientes es donde más se acentúa el litigio por tierras y más si éstas son de futuro petrolero.

En Papantla, distrito de indios por excelencia, el indígena no solo es víctima de los terratenientes si-

no de sus mismos "*defensores*". En este ex-cantón, hay municipios en donde la tierra fué repartida en pequeñas parcelas a los indios. Los títulos de adjudicación de estos lotes se dieron en mancomún. Por eso es que el Juzgado de Papantla es uno de los que más "*títulos supletorios*" tramita. Y esto no tendría nada de malo; pero lo turbio está en que muchas veces, el verdadero poseedor de un lote, que por ignorancia o descuido, no tiene ni el título supletorio del mismo, recibe un buen día la noticia de que debe desocupar su terreno. El terreno que heredó de sus abuelos, así nomas, de palabra, sin juicio alguno, ni títulos escritos. Mientras no se tenían noticias de la existencia del petróleo nadie pensó en adquirir parcelas en Papantla y los indios vivían en santa paz entregados a sus cultivos; pero una vez que las Compañías hicieron exploraciones, publicaron mapas en que se vé una ancha faja de color pasando sobre la zona papanteca y sobre todo cuando los "*vivos*" supieron que esa faja, como un *zodiaco* portentoso, señalaba la ruta de los mantos petroleros, aquello ha sido un "*sálvese el que pueda*". Los rábulas de Papantla poseen parcelas que nadie les ha vendido. ¿Cómo? Por un procedimiento muy sencillo. Averiguan en el Registro Público si el indio X o Z que posee el lote B tiene inscrito su título. ¿Que nó está inscrito a su nombre sino al de Juan Diego, probable ancestro de aqué indígena...? Magnífico. El "*tinterillo*" o el abogado, "*C'est la même chose la campana que la cloche*" en esta clase de asuntos, se presen-

tan con un propietario de "*paja*", con testidos de idem., y promueven una información ad perpetuam para acreditar, esta es la fracesita, que su "*hombre*" está en quieta, pacífica, y yo agregaría beatífica, posesión del lote B. Los testigos dicen que conocen al interfecto muy bien; algunos lloran enternecidos recordando que lo vieron nacer y lo tuvieron en brazos y el Juez que no tiene más recurso que cumplir con el famoso artículo 1572 del Procedimiento Civil Veracruzano, declara suficiente la información, y ésta protocolizada sirve para que al cabo de un mes o dos y a veces al día siguiente de registrada, vaya la propiedad del lote a una compañía por la mediación del "*promovente*", o pase a aumentar el acervo territorial del tinterillo... Este es uno de los procedimientos; pero existen varios. Yo conocí algunos más "*expeditos*". Verbi gracia: Un tinterillo recibe de manos de una viuda o de un indio, que no saben leer ni escribir, un título privado, una de esas "*adjudicaciones*" hechas por los Ayuntamientos. El indio o la viuda entregan la "*escritura*" como dicen ingenuamente, que les dejó su padre con objeto de que el tinterillo se encargue de arraglarla. Es decir, quieren que el lote quede a su nombre por medio de un juicio sucesorio ante el Juez Municipal. El tinterillo cobran cincuenta pesos adelantados por su "*trabajo*". Un buen día llama a la viuda o al indio, que generalmente no saben ni español, y les dice que su "*título*" va a quedar listo y los lleva con un Notario impúdico. El Notario de acuerdo con el "*rábula*" ya tiró la

escritura a nombre de éste. La leen con toda la seriedad del caso ante dos testigos llamados a última hora, que generalmente viven junto a las oficinas del Notario, y la viuda o el indio, que no entienden ni jota, creen que es su título el que está saliendo de aquel *"horno maravilloso empastado a todo lujo"*. Y no hay tal. Lo que pasa es que los testigos asisten *"muy serios"*; pero también muy ignorantes a una mistificación. El título que se extiende es en favor del tinterillo y con eso de que *"por no saber firmar, firma en su lugar el señor don K..."* la viuda se queda oyendo las palabras como quien oye llover y no se moja o como quien asiste a un concierto celestial... Pero, pasan dos semanas y... un Juez Municipal da cita para hacerle saber en *"totonaco"* ¡esto sí! que desocupe la choza que tiene en el terreno de don Mengano porque si no la sacarán por la fuerza. La pobre mujer chilla, aulla, se desgañita explicando en *"totonaco"* que aquél terreno y aquélla casita son suyos por que se los dejó su padre o su abuelo; pero sus gemidos se confunden con el silbo del viento entre los manglares del río o se pierden entre las fantasías musicales del mar cercano, bajo la mirada fría de la Luna o cabe el guiño rojizo de Marte... Y todo su *"pataleo"* resulta inútil. No hay quien la sirva; quien le *"reivindique"* lo suyo, porque no tiene dinero, porque es pobre, porque el Estado, a pesar de su socialismo agudo no paga procuradores de infelices, porque en fin, no tiene ni un hijo varón que le plante ocho *"postas"* en la barriga al facineroso que la des-

pojó... En cuanto al Juez de Primera Instancia, ¿qué puede hacer...? Si se indigna por este hecho incalificable y trata de ayudar a la viuda, lo tienen por "*bolcheviki*", le llaman "*político*" y lo obstruccionan, cuando no lo destituyen... Y si el Juez es uno de esos "*viejos prácticos*" que nunca se "*meten en honduras*", que se ríen de sí mismos, etc., etc., pues hace su guiño "*marciano*" también, recibe "*sotto vocce*" algún regalito del victimario y... si acaso consuela a la viuda diciéndole que en la otra vida Dios castigará al malvado...

Yo conozco no uno sino varios casos. Casos concretos, no "*se dicen*". Como Juez hice todo lo que pude. Pero no podía ser parte, y más cuando algunos señores Magistrados del Tribunal de Veracruz me tenían por político y bolcheviqui, por ésta mi piedad para el indio...

Estos despojos, una de cuyas modalidades es la descrita, fueron y seguirán siendo la fuente inagotable de crímenes y de revoluciones. Desde 1831 muchos historiadores vieron en el problema agrario la razón más justa de las revoluciones. Don Lorenzo de Zavala en su admirable "*Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de México*" predijo que el problema de la tierra era de los más trascendentes, que en él venía incubando la revolución, y fué su profecía tan cierta que ya hemos visto en los últimos años qué preocupaciones ha traído. Sin embargo, tierra sin cultura, significa tierra sin libertad. Pronto el indio inculto es despojado de nuevo. El moderno encomendero, ya

se disfrace con la piel de una Compañía petrolera o con cualquier otro título, es más ladino e implacable. Alcoholiza al indio, le administra pelagras por medio del anís; lo acosa, y cuando ya lo tiene ahorcado, llega el señor Notario... De modo que la tierra, que la "*parcela*" de tierra debe ir acompañada del silabario.

Mientras tanto, urgen los Procuradores de pobres, principalmente en distritos como Papantla, Chicontepec, etc.; pero Procuradores de pobres bien pagados para que no "*procuren por ellos mismos*" a costa de los indios.

LOS ALIADOS DEL DESPOJO.

PERO lo peor de la situación del indio de las sierras, es que no sólo tiene que sufrir los amagos del terrateniente que adelanta sus mohneras y en las sombras de la noche, por medio de sus mayordomos, destruye las de las comunidades; soporta las mil y un triquiñuelas de los tinterillos que están al acecho del indio como esos feroces felinos de las selvas; sino también es víctima de todos los ricos de las ciudades o villas situadas en los grandes centros rurales. Estos ricos, generalmente lo son, con la sangre y el sudor del indio. Yo no sé por qué rara concatenación de ideas siempre he visto cara de ave de presa o de cuervo a esos comerciantes, árabes, sirios, mexicanos o españoles, que buscan los centros indígenas para establecerse. Tal vez mi obsesión tenga como fundamento la vista de los cuervos cuando a gran altura revolotean sobre un sitio...

Pues bien, éstos comerciantes no tienen ni asomo de piedad para el indígena. Explotan su ignorancia fríamente, tranquilamente, como si se dedicaran a la obra más dulce y piadosa del mundo... Le cobran ciento por ciento más de lo que vale la mercancía cuando le venden y cuando le compran sus productos, —vainilla, chilpocles, tabaco, café, maíz, frijol, etc.—, apenas si le pagan la cuarta parte de lo que valen en el mercado. Como tienen el dinero son dictadores. —Si quieres tanto, bien, si no vete, no necesito el producto que me ofreces, lo compraría sólo por hacerte un servicio...— Con ésta frase queda el pobre desahuciado. Y como necesita la plata para adquirir "*refino*" o algunas chucherías, entrega su producto y se va maldiciendo interiormente al "*blanco*" despiadado, enemigo del indio.

Estos comerciantes ya enriquecidos organizan su "*maffia*". Como a medida que avanzan en riqueza van adquiriendo tierras a precios risibles o comprando casas a los "*ahogados*", pronto urgen los servicios de algún abogado. Entonces para no pagar los viajes de algún letrado que radica en las capitales, procuran animar a los que vienen al distrito en calidad de Jueces. Se entiende, ésto después de estudiarlo concienzudamente. Si durante su actuación como Juez los ricos obtienen todo lo que quieren, si como funcionario aniquila a los pobres con o sin razón, es decir, si a troche y moche toma partido por los ricos, entonces le llueven proposiciones. — Quédese aquí Licenciado— le dicen, cuando saben que al fin

ha sido destituido. Nosotros le garantizamos que ganará dinero. Le ofrecen desde luego algunas "*iguallas*". Si alguna Compañía de petróleo opera por el rumbo, ésta desde luego apoya a los comerciantes y el ex-juez firma contrato de "*igualala*" y se queda.

Y ya tenemos un nuevo azote para el pobre indio. Aquel letrado estira y encoge la ley al gusto de su gente. Es el director general de la orquesta. La cabeza visible de la "*maffia*"... Su misión principal es patrocinar cuanto pleito favorezca a los ricos, tengan o nó razón. Al cabo de los años, la mentalidad de este señor abogado se atrofia; en su cerebro, la fuerza de la costumbre, estereotipa la idea de qué el rico siempre tiene razón; que el pobre es un gandul; que el indio, es solapado, hipócrita, degenerado y borracho... Así los burgueses de una localidad pueden tener ilimitada confianza en su hombre. Ya es un autómata. No lee, no estudia. Ignora si existen De-
guit, George, etc., y que el mundo marcha hacia una mejor concepción del derecho o cuando menos a una modificación radical de los preceptos establecidos por los gobiernos burgueses, para uso de los ricos y azote de los infelices.

Esta clase de letrados autómatas abundan en los distritos de indios; pero van siempre detras de las huellas de las Compañías explotadoras del petróleo. Son algo así como los perros de presa de éstas y cumplen admirablemente la frase latina: "Vestido con los despojos de Aguiles..." Sólo que en vez de ves-

tirse con los despojos de Aguiles lo hacen con los despojos de los pobres indios.

Yo conozco a más de seis de ellos. Fueron primero jueces de Primera Instancia o Agentes del Ministerio Público y de éstos cargos, en que defendieron los intereses de los ricos solapadamente, pasaron a defenderlos con descaro. Tienen a sus órdenes a una verdadera jauria de rábulas. Trabajan maquinalmente. Yo he sentido, lo confieso, honda piedad por éstos profesionistas que al cabo de los años son altaneros, silenciosos por necesidad, pues hasta se olvidan de los vocablos elegantes y sólo saben la retahila de interjecciones y palabras mal olientes, que se usan en los pueblos... Su vida se debate entre los juzgados y las cantinas o los casinos. Juegan para matar el tiempo, beben para matar el tiempo; y matando el tiempo, matan lastimosamente su juventud... La edad viril los sorprende en esta situación. Agotadas las energías vitales en brazos de hetairas pueblerinas o sobre el vientre de indias impasibles como ídolos, cuando se dan cuenta ya es tarde... El divino tesoro de la juventud se fué... para no volver. Y mal humorados, viejos prematuros, misántropos, agrios con esa agrura que produce la insatisfacción de una libido vivaz, son, como dice Freud, una caravana de odiadores. Odian todo, de todo hablan mal; son chismosos... A ratos, añorando la época de la buena cosecha juvenil que dejaron pasar por lamer las pezuñas del becerro de oro, gimen lasti-

meramente... lloran lágrimas salobres mezcladas con habanero o con vermouth.

Al fin, la sífilis que primero se apodera del espíritu, se apodera de la carne. Sube lentamente como traidora marea desde los pies hasta el cerebro y un buen día, aquel letrado que siguió a una Compañía de Petróleo con avidez de oro y nulificó su juventud en fáciles y asquerosos placeres, víctima de la parálisis general, se convierte en un demente a ratos estupefacto y a ratos furioso...

Pero mientras tanto, mientras llega esta hora, es el esbirro del rico para estrangular al pobre; es el que prepara, ejecuta y goza las chicanas que arruinan al campesino en beneficio de los insaciables magnates del petróleo.

Es el que, a toda costa aumenta los tesoros del insaciable burgues. Después de todo, quizá solo lástima debamos sentir por esta nueva fauna de enemigos del pobre indio...

EL PLACER A COSTA DEL SUDOR DEL INDIO.

YA he hablado en el curso de estos apuntes de los ricos comerciantes y terratenientes que venden con utilidad del doscientos por ciento, compran al veinticinco del valor de las cosas y prestan dinero al módico treinta. Estos comerciantes, que son los verdaderos zánganos de las colmenas rurales pobladas de indios, se dan en cambio, vida de magnates. Como los Agas y los Obispos rumanos; como los burgueses de abultado abdómen de las ciudades; como los principillos y demás títulos, de los pocos reinos que para escarnio de la raza humana, quedan sobre la tierra...

Estos burguesillos que forman "*maffia*" para defender el producto de sus rapiñas, que tienen su eunuco mayor en el letrado que les hipoteca el cerebro y la conciencia, pronto adquieren autos para sus hijos que son verdaderos gandules, cuya existencia in-

juría a los hombres que trabajan. Lo que ellos roban al pobre, lo que les cuesta tantas bajas, pronto comienza a salir de las manos del hijo adorado. Los hijos de éstos ricos de pueblo generalmente son enviados a Estados Unidos o a la capital. Aprenden enseguida a jugar "*tennis*", "*foot ball*", "*base ball*", a fumar cigarrillos egipcios, a beber "*whisky*", a tomar "*coca*" y a "*vacilar con marihuana*". Gramática, Aritmética, Historia, etc., "*pá el gato*". Esto no les preocupa. Para eso tiene dinero su padre. Si acaso, aprenden a tocar el "*banjo*"... Ya con esta suma de "*conocimientos*" vuelven a su pueblo vestidos de pantalón "*balloon*", suéter de colorines y boina marinera. Y a seguir la gresca. El padre se queda boquiabierto ante la elegancia de su hijo. Lo tiene como un don Juan por la facilidad con que seducen a las ingenuas pueblerinas con la palabrería insubstantial que aprendió en los círculos de fifies de la metrópoli.

Este nuevo burguesillo es más insolente que su padre. Pronto organiza clubes de "*tennis*" y demás pasatiempos; comelitonas opíparas; excursiones en auto y su vida se desliza en éstas zarabandas, mientras sus empleados siguen extrayendo al indio la poca sangre que le queda.

El malestar, más bien el odio que se observa en los centros rurales contra el blanco, generalmente hijo de "*gachupín*", como le llaman, se debe a esto.

Y no se crea que solamente hoy tenemos que soportar a esta "*selecta sociedad de holgazanes*". Para que se vea como se "*divertían*" los tatarabuelos de

éstos élités de hoy, insertaré una crónica del año de 1589, escrita por el encomendero don Juan Suárez de Peralta: "... y salían disfrazados cien hombres de a caballo y andaban de ventana en ventana hablando con las mujeres y apeábanse algunos y entraban en las casas de los caballeros y mercaderes ricos que tenían hijas o mujeres hermosas... Vino el negocio a tanto que ya andaban muchos tomados del diablo... etc." Y naturalmente que todos éstos divertimientos en que se pasaban el día y la noche los elegantes ricachos de entonces, eran a costa del indio, pues ninguno trabajaba. Los pobres esclavos que vivían y morían encadenados a las minas y a las haciendas de éstos haraganes, eran los que sudaban el oro. Y no se hable de los insolentes banquetes que en todas las épocas se han regalado los explotadores del indio; las ruidosas "juergas" con hetairas que aún hoy se regalan muchos falsos líderes del proletario imitando burdamente a los encomenderos y a sus sucesores.

En la época en que Roma, después de haber saqueado a sangre y fuego, las ciudades de Asia y Africa, se entregaba a todos los desenfrenos, vemos el mismo espectáculo. Lúculo daba cenas a sus amigos, en su famosa sala de Apolo, que le costaban diez mil dolóres; Calígula, el emperador demente, que hizo Cónsul a su caballo, quizá en el único rasgo de lucidez que tuvo, dió un banquete a doce personas que le costó doscientos mil dólares. Vitelio derrochaba anualmente en festines 195 millones de pese-

tas. Suetonio mandó servir en una cena 2000 pescados escogidos, 7000 aves raras, un plato de sesos de faisanes y de pavos reales, de lenguas de pájaros y de tripas de lampreas...

En estas cenas, que a veces duraban varios días, pues eran verdaderas orgías, los invitados se tendían en camas mezclados con mujeres, dejando sólo espacio para que los esclavos y esclavas, sirviesen. ¡Qué hermoso espectáculo hubiera dado un Espartaco degollando en mitad de la embriaguez a tanto gandul!..

Hoy son más modestos los burguesillos. Sin embargo aún se comentan en la ciudad de México, las orgías de un ex-líder obrero que quería imitar a Lúculo, y que gastaba sumas fabulosas en sus francachelas y queridas.

A mi me consta que en Yucatán los ricos henequeneros hacían "*encerronas*" en sus casas de campo que duraban varios días. En ellas se bebía profusamente cognac y champaña; se comían cochinitos en barbacoa, pavos al horno, pescados en toda clase de salsas, distintos moluscos y crustáceos, vinos de importación directa; se jugaban miles de pesos, y durante la juerga los borrachines bailaban a ratos con hetairas de más o menos fuste al compas de las "*rumbas*" cubanas que tocaban las orquestas... En estos festines rivalizaban los hijos de los ricos con los líderes enriquecidos. Estos últimos, que tenían y mostraban hambre y sed por éstas francachelas, generalmente recurrían a los riquillos empobrecidos en la juerga

para que hicieran de directores de las suyas. Así es como pudo verse a varios líderes.

Por eso, cuando la Revolución acabó bruscamente con la esclavitud del maya, cuando éste se salió de las fincas henequeneras en que era esclavizado "*paternalmente*", según la fracesilla de los ricos, el pánico más grande se apoderó de éstos. No sabían otra cosa que cobrar su "*talón*" de pacas de henequen, emborracharse en los "*bohíos*", enamorar coupletistas, forzar inditas en las fincas, y pasear su insolente gandulería alrededor de la plaza principal de Mérida, en las noches de retreta... Y pronto se convirtieron en "*Choferes*" en taberneros, en alcahuetes de líderes; cuando más en dependientes de lencerías...

Ahora subsisten en los centros indígenas. Muchos son los moralistas ad hoc que se dedican a deturpar a la Revolución. Dicen que estamos en plena bancarrota moral y material. Los más cultivaditos se refugiaron en las redacciones de los periódicos clericales. Desde allí lanzan sus dardos, que ellos mismos juzgan ponzoñosos. La sociedad actual está en la miseria, dicen, por culpa de la Revolución; los clérigos les hacen coro exclamando: *Las costumbres actuales son un escándalo. La hora del Apocalipsis se aproxima*".

Y yo creo, como un eminente escritor comunista que "*el mal de las sociedades no está en la mucha riqueza, ni el bien y la rigidez de las costumbres en la pobreza; sino en que la posesión de la riqueza no*

sea colectiva como manda la justicia real y verdadera. La riqueza es un gran bien para los pueblos; pero deja de serlo cuando se acumula en unas pocas manos y se convierte en instrumento de opresión para los demás hombres..."

LOS PRESOS GUARDIANES.

QUIERO insistir sobre el problema de las cárceles porque me parece de más trascendencia de lo que muchos se figuran. Yo he estado varias veces preso. Durante mis años de periodista de combate, esos años mozos en que la energía rebosante se va por el ancho río de las rebeldías hasta el mar inmenso de la Revolución; durante esos años en que sembramos, sin tino quizá, pero llenos de santa indignación la semilla de las revoluciones que vienen sacudiendo el planeta, yo estuve varias veces en la Penitenciaría. Pero estuve, como han estado todos los rebeldes, sin que nada pueda avergonzarme; estuve por combatir los abusos del poder... Por eso quizá me preocupan las prisiones y su régimen interior.

Las prisiones veracruzanas no pueden llamarse propiamente tales: Son celdas o salones improvisados,

bien o mal, para alojar a los delincuentes. Algunas veces, se ha intentado hacer de las prisiones lugares de enseñanza al mismo tiempo que de corrección, como sé que sucedió algún tiempo en Papantla y en otros distritos. Pero las diversas etapas de penuria porque ha pasado el Erario han terminado con tan loables propósitos.

Desgraciadamente, como en la mayor parte de las prisiones del mundo, se ha terminado por seguir considerando al preso como una fiera y se ha procurado, cuando no torturarlo, aislarlo, induciéndolo a la demencia, o permitiéndole mezclarse con la hez de los presidios, de dónde sólo extrae odio, inmoralidad y terribles deseos de venganza.

En muchas de éstas cárceles veracruzanas se permite al preso salir a trabajar a los caminos, a las obras públicas y en general a donde pueda tomar un poco de sol y de aire. Es una medida piadosa que yo nunca objeté, cuidando sólo, en mi calidad de Juez, que ese trabajo de los presos no fuera gratuito, ni forzado.

Pero lo más estupendo de las prisiones de muchos distritos veracruzanos, es que los mismos presos, ya sentenciados, cuidan a los procesados, los conducen al Juzgado, vigilan la Cárcel de noche y hasta ejercen funciones de Policía. En Huatusco, yo ví a varios sentenciados andar muy tranquilos por las calles, sirviendo unos de policía, otros de ayudantes del Presidente Municipal, otros de jardineros, etc. Son

sentenciados "*de confianza*" como pintorescamente les llaman en Papantla. Allí son utilizados en varios servicios públicos, gratificándolos. Pintan las bancas del parque, cuidan los jardines públicos, asean las oficinas. Y no se crea que lo hacen a la fuerza. No señor. Lo solicitan ellos mismos. Recien llegado a Papantla y durante las visitas de cárcel, me extrañó que algunos presos me rogaran que los recomendáse con el Presidente Municipal, para que los hiciera "*de confianza*". Pregunté y supe de lo que se trataba...

Estas cárceles de los distritos rurales abundan en indios. Y lo más triste es que abundan en indios jóvenes. Los hay de catorce años en adelante. Casi no hay viejos. Brazos que se restan a las faenas agrícolas, pensaba yo, cada vez que desfilaban ante mí, los sábados.

Si pudiera aprovecharse el tiempo que estos hombres hacen en la Cárcel para instruirlos, ¡qué loable sería! Saldrían del presidio, sabiendo leer y escribir, cuando menos. Se les enseñaría de preferencia el enorme estrago que produce en sus organismos el alcohol; se les exhortaría para que no usaran tanta frecuencia y rapidez el machete; se les leerían algunos artículos de la Constitución. Quizá de este modo se evitarían algunos crímenes horribles.

No quisiera recordar en estos apuntes las torturas brutales a que se somete, en plena era revolucionaria, a muchos presos. Por fortuna en las cárceles veracruzanas nunca recibí quejas en este sentido. Yo no

sé si en las prisiones de las principales ciudades se siga otro sistema. En los distritos de la sierra, que yo serví, los Presidentes Municipales que venían de las masas campesinas, se portaban bien con los suyos que caían presos; hasta los trataban con benignidad.

Pero sí es preciso que los gobiernos se fijen en el problema. El régimen celular, usado en Yucatán y en la mayor parte de las Penitenciarías de la República, es un crimen. El recluso, como dice muy bien un escritor socialista, *"se perturba lentamente y de la solitaria y estrecha celda salen muchos para el manicomio"*.

Si se pudieran establecer Cárceles Granjas o Cárceles Talleres en los centros rurales y obreros, se daría un gran paso hacia el ideal de considerar al delincuente como un equivocado o como un perturbado, que merece piedad. Los condenados trabajarían, aprenderían un oficio, ahorrarían el dinero que ganasen durante sus años de condena, y al salir, probablemente podrían establecerse, regenerarse, ser útiles a la sociedad y no perros hidrófobos llenos de odio y de venganza...

El artículo 20 de la Constitución es una noble conquista de la Revolución. Es, actualmente, el mejor beneficio que pueden disfrutar los que cometen algún delito, y hay que convenir en que, en un país en que no existen cárceles adecuadas, es preciso conservar a toda costa esta garantía y no ponerle trabas ridícu-

las como hacen algunos jueces, que aún conservan criterio de inquisidores. Si hay que poner algunas trabas a las franquicias del artículo 20, que sea tratándose de ricachos y de gentes concientes del delito que cometen; no a los pobres indios que delinquen impulsados por el alcohol y la ignorancia.

LOS ESTRAGOS DEL ALCOHOLISMO EN LOS CENTROS INDIGENAS.

HE hablado del alcohol, de los envenenadores del pueblo, de las fábricas más o menos clandestinas que al pie de cada salto de agua se establecen; he dicho que los indios de las sierras veracruzanas son criminales impulsados por el aguardiente, pero el problema más grave, el estrago que el alcoholismo produce en la raza indígena, lo he reservado expresamente para estos capítulos finales, porque deseo que quien lea estos apuntes, se dé cuenta de la triste conclusión a que llega el indio, expoliado por el rico comerciante, esclavizado por el terrateniente y embrutecido por el alcohol.

Estas notas son producto de mis observaciones personales. No son inventadas en la dulce paz de un despacho lujoso consultando libros. En las cárceles, sobre el barro pestilente de las callejas pueblerinas, en los "petates" de los llamados hospitales de los dis-

tritos, yo he visto lo que voy a narrar. Ojalá que estas líneas, sin literatura, muevan la piedad de las gentes cuyo espíritu no ha naufragado en el mar de la codicia. Ojalá que los funcionarios públicos, el señor Presidente de la República, el señor Secretario de Educación, el señor Gobernador del Estado de Veracruz, que tan sincero amor han demostrado al indio, vuelvan la vista hacia las sierras pobladas de indígenas que ni siquiera hablan el español, y por humanidad detengan el hundimiento total de la pobre raza, vejada por los conquistadores y sus herederos los mestizos terratenientes o comerciantes.

El indio de las sierras veracruzanas, es hondamente, intensamente, brutalmente aficionado al alcohol. En unas regiones, como ya dije, la bebida predilecta es el anís, en otras el "*refino*", aguardiente de caña extraído de la panela. El indio, bebe de una u otra como un suicida. Bebe hasta que se cae; hasta que se revuelca entre el polvo o el lodo; hasta que el viento le tapa al boca con basuras. Todo lo poco que gana, generalmente lo bebe; solo o en compañía de tres o cuatro amigos. Por este alcoholismo crónico, el indio presenta ese aspecto que tanto comentan y desprecian los burgueses; esa "*cara de idiota*" como dicen sus deturpadores, que en realidad es el estado de "*confusión mental*" de que habla la psiquiatría y que tan magistralmente describe el doctor Juarros en un reciente volumen. Esta confusión mental es el resultado del alcoholismo.

El indio pasa continuamente de la depresión a la

excitación. Excitado produce esas trágicas hecatombes que lo conducen a la cárcel o al panteón. Es el proceso lógico. Una de las características de la criminalidad en las sierras, es la saña brutal, que tanto asusta a los señores burgueses. El indígena alcoholizado acomete con furia salvaje, procura acabar con todos sus enemigos, mata incluso a los familiares de su víctima. ¿Por qué este salvajismo? Quizá sea fácil explicárselo pensando en que el alcoholismo produce delirios de persecución; esos odios patológicos que matan no precisamente por el placer de matar sino por el miedo de ser muerto. Yo he tenido casos, ya lo dije, de siete asesinados. Los matadores quisieron acabar con toda la familia por miedo a que alguno de los supervivientes los matara después.

Además de que el alcoholismo engendra la criminalidad delirante, está conduciendo rápidamente al indio a la degeneración más completa. Quizá esta idea maquiavélica sea la que aliente a tanto envenenador, enemigo del indígena.

En efecto, la familia del indio se compone, generalmente, de una esposa macilenta, roída por la tuberculosis, por la uncinariasis, por el paludismo. Es una pobre criatura que va por los caminos detrás de su esposo como un espectro; los ojos apagados, turbios, amarillentos como las mejillas, como las manos. De esta pareja sólo salen hijos raquíuticos, infantes pretuberculosos, debilitados. Muñecos sin brío, flácidos, cuyos brazuelos cuelgan como desvencijados, con vientres hidrónicos; con rostros aun

más amarillentos que los de sus infelices madres. Yo he visto estos pobres muchachos, ya de siete o más años, pasarse las horas, amodorrados en el quicio de una choza mirando con ojos sin vista al cerdo que se revuelca en el lodo. Recuerdo la inmensa piedad que sentí en una ocasión vadeando a caballo uno de los ríos de Papantla. Al mismo tiempo que yo cruzaba el río entraron a él varios indios seguidos por sus hijos. Uno de estos, muchacho de doce años, más o menos, caminó treinta pasos entre el agua y de pronto, girando como una peonza, se dejó caer. Se había mareado a la sola vista de la corriente; pero se había mareado porque estaba macilento, flaco, enfermo seguramente de tuberculosis. Sus compañeros y sus padres, se burlaban de él y cogiéndole por los brazos lo transportaron como un muñeco sin articulaciones, como se lleva uno de esos monigotes que sirven para espantar pájaros en las milpas. ¡Pobre rapaz!, pensé recordando las rojas mejillas de los envenenadores del indio que viven en las ciudades, llenos de comodidad y de molicie.

El indio de las sierras es fácil pasto de numerosas enfermedades por el estado de debilidad orgánica en que vive. Casi no come y cuando lo hace su alimento se reduce al chile, al frijol y a las tortillas. Prefiere beber, intoxicarse bárbaramente, como si quisiera olvidar la mísera situación en que vive.

Estas enfermedades que lo acosan, que lo acaban bien pronto, son casi todas engendradas por el al-

coholismo, según las regiones y la bebida predilecta, son las enfermedades. En donde el anís es el "*pan nuestro de cada día*", pronto los indios muestran ese horrible eritema alcohólico que les descama las manos y los pies; que les produce trastornos tróficos en las terminaciones nerviosas; vitalidad que se retira y carne que se deseca. En donde el "*refino*" es el amo y señor, la tuberculosis es su consecuencia lógica; cuando menos, la cirrosis hepática. Pero el verdadero y formidable monstruo es la tuberculosis. No hay que dar vueltas. Es espantoso el número de sus víctimas en esas tierras calientes en donde el indio bebe "*refino*" sin tasa.

Y no hay hospitales en los distritos rurales. La caricatura de hospital que existe en algunos, duplica la ironía del destino.

Es preciso, es urgente, acabar con el alcoholismo, sobre todo en los distritos donde el indio abunda. Pero acabarlo con mano de hierro. Por que sino, quienes ganan y ganan más son los criminales fabricantes clandestinos en connivencia con los inspectores venales.

En un libro del proletariado que acabo de leer, al tratar de las enfermedades del obrero, se espanta el autor y con razón de la poca vida que éste alcanza, destrozado por el trabajo sórdido, embrutecido por el alcohol y la prostitución y tragado finalmente por la cárcel. El doctor Thachrah que ha consagrado gran parte de su vida a estos problemas, dice que solo una décima parte de los obreros dis-

fruta de buena salud y que su vida se acorta diez años, poco más o menos, a consecuencia de su pésima situación. Este doctor cita para apoyar su tesis las observaciones que ha hecho entre los distintos gremios de trabajadores de las ciudades.

Y yo pienso que si el obrero que disfruta de mejor situación que el campesino está así, ¿cómo será la vida de los infelices indios víctimas de tanto verdugo, de tanta ave de rapiña, que se aprovecha de su ignorancia?...

LOS CURANDEROS.

DESPUES de que el indio es esclavizado y explotado por el terrateniente; despojado de sus productos por el comerciante rapaz; de sus tierras por el tinterillo o el abogado; embrutecido por los envenenadores, llega el encargado de darle la puntilla: éste, que es el más terrible de los enemigos del indio porque lo consideran su Dios, es el curandero, el "*Doctor*" como le llaman en las sierras.

Se trata, por lo general, de algún alumno destripado del primer año de medicina; de algún ex-ayudante de autopsias de algún hospital de las capitales, de algún "*práctico*" de los ejércitos revolucionarios o simplemente de algún vivo que leyendo esos manuales de fórmulas que andan por todas las librerías se creyó llamado por ese camino.

Los menos malos son los destripados, pues siquiera tienen nociones de medicina; tienen idea de

lo que es la asepsia, saben algo de vendas, el mérito del formol, han visto el bisturí y comprenden la necesidad de hervir una aguja antes de pinchar a un paciente. Los ex-ayudantes de autopsias sólo conocen las "*sierritas*" y demás instrumentos que sirven para partir cráneos, abrir abdómenes y cavidades torácicas; por eso son aficionados a operar. Cuando se trata de alguna herida de machete, de esas que dejan colgando el miembro lesionado, el "*Doctor*" Fulano es el indicado. Le llevan al indio impasible, que mira si acaso de reojo, el muñón que cuelga de un brazo semi-cercenado por el machetazo, y sin decir "*agua va*" le amputa la muñeca. Y no es esto lo peor. Lo pero es que trate de "*intervenir*" en el abdomen para extraer balas. Allí los efectos de su "*intervención*" son seguros: un indio muerto, una viuda y tres o cuatro infelices huérfanos.

Los "*prácticos*" de los ejércitos revolucionarios y los lectores de manuales que se sienten "*inspirados*" por Esculapio para ejercer, son el máximo azote de los pobres indígenas. Generalmente se establecen en los centros rurales en donde el por ciento de indios es del noventa. Allí están a sus anchas. Abren su consultorio, si así puede llamarse a esa cueva mágica de "*sal si puedes*"; compran todos los instrumentos necesarios e innecesarios; vitrinas a todo lujo, mesas giratorias y plegadizas, máquinas radiocópicas y cardiográficas; libreros con obras de medicina en inglés, francés y hasta en latín; escritorios amplios; tapan los ladrillos del piso con vistosos

"*linoleums*" y en fin, presentan su "*teatro*" comme il faut.

Después..., que Dios coja confesados a los pacientes. Cortan con la tranquilidad que una hoz acaba con las mieses maduras; abren el vientre de los indios como quien abre una naranja; pinchan a troche y moche, inyectando "*neosalvarsán*" como quien inyecta cacodilato, lo mismo a los tuberculosos, que a los cirróticos, igual a los diabéticos, que a los que sufren endocarditis. A ellos les importa un bleo que la inyección de salvarán sólo tenga determinadas aplicaciones. Creen que "*salvarsán*" significa salvación general y la aplican quizá con la mejor intención del mundo. Que el enfermo se muere al poco rato, ¡pues que lo entierren! Dan su certificado de "*disenteria amibiana*" de "*paludismo hemorrágico*" o de cualquier otra cosa, que para el caso de enterrar a un pobre diablo es lo mismo. Por último son expertos en partos. Van y meten la mano sucia en la cavidad materna como quien la mete en una cueva de roedores para tirar de la cola a los animalillos. Y cuando no pueden extraer el feto a tirones, no se inmutan. Aplican el "*forceps*", desgarran si es necesario el vientre de la mujer y si a pesar de todo ésto se resiste la criatura a ver la luz tan bella de este planeta abominable, entonces... introducen el bisturí, degüellan, cercenan, destazan como cualquier hábil carnicero y triunfalmente sacan los pedazos del feto.

No se crea que invento nada. Yo conocí un caso

como el que acabo de narrar. Nadie lo denunció a las autoridades y como el Ministerio Público era el indicado para perseguir, en nombre de la sociedad, al delincuente, me concreté a sonreír con los cabellos erizados y esa noche elevé a los Maestros de la Divina Sabiduría una plegaria para que me librara de caer en manos de esos "*doctores*".

Existe también otra clase de curanderos. Son los llamados "*yerbateros*". Curan con yerbas más o menos milagrosas. Las administran en unturas, en aplicaciones como cataplasmas, en brebajes. Unas veces producen efectos maravillosos. Otras matan como el rayo. Pero el curandero vive y vive bien, rodeado de una aureola de brujo. Nadie murmura porque teme que a un conjuro del "*mago*" una legión de demonios lo fulmine o cuando menos le extraiga todas las tripas para confeccionar un "*bebedizo*". Así estos "*santos varones*" viven sabrosamente, regalados por todos, poseyendo, cuando quieren a las indias más tiernas y bonitas y mueren rodeados de sus amuletos en medio de la veneración general. Yo supe de un brujo de la región de Chicontepec a quien iban a consultar en largas peregrinaciones. Vivía en una choza encaramada en lo más alto de la sierra de Huayacocotla.

Lo singular de todo esto, es que nadie, ni las autoridades sanitarias ni las municipales, se meten con estos curanderos. Más aún yo sé de algunos que son los "*médicos de cabecera*" de Alcaldes y ediles. Viven espléndidamente. Cuando huelen que algún

inspector especial del Departamento de Sanidad Federal se aproxima, ahucan el ala y salen en gira por las Congregaciones indígenas. A veces se quedan y convencen con... inyecciones de plata a estos inspectores. Y sigue la gresca.

Calculo que de diez indios que mueren ocho son "*pacientes*" de estos doctores.

Para cobrar no se tientan el corazón. Cinco pesos por cada pinchazo; tres por consulta, cien por una operación ligera; quinientos por extraer los pedazos de un feto. Y que ruede la bola.

Decididamente el pobre indio necesita un millón de Bartolomés de las Casas para salvarse de tanto enemigo.

NO HEMOS PODIDO RECUPERAR LO NUESTRO.

LA conclusión a que se llega después de varios años de trabajo en las sierras veracruzanas, de convivir con las gentes de esos distritos, de estudiar la psicología de los criminales, indígenas en su mayoría, es que la Revolución Mexicana no ha realizado todavía la obra, que justificaría hasta cierto punto, tanto derramamiento de sangre. Tal parece que solo hemos luchado por el poder político; que nuestros esfuerzos sólo han tendido a usar la fuerza para apoderarnos del ficticio bienestar que brinda la riqueza; que hemos luchado en estos últimos años, en la misma forma que lo hicieron los Santanna, los Bustamante y los Díaz.

Sin embargo, la revolución social está en marcha. Algo se ha ganado. Muchas tierras se han devuelto a los indios que las trabajan. En muchos Estados, Veracruz a la cabeza de ellos, ya no existe la esclavitud.

vitud material del indígena. Digo material, porque aun es esclavo de la ignorancia y del alcohol.

Pero hace falta que el programa revolucionario se realice íntegramente. Se ha ganado algo; pero el problema medular, el de la tierra todavía no se ha resuelto. Basta leer las estadísticas para convencerse. Según ellas, los españoles tienen más de ciento cuarenta millones de hectáreas de tierras, por sí o por medio de sus herederos, en tanto que los mexicanos, incluyendo comunidades agrarias, sólo tienen alrededor de treinta y cinco. Y poseer la tierra, es poseer la única e inacabable riqueza de México. Los hidrocarburos, los minerales, todo esto se agota tarde o temprano; pero la tierra ha sido, es y será la única fuente verdadera del sustento del hombre. Por eso es tan disputada. El pobre la quiere para labrarla y sostener a su familia; el ricacho, para que se la labren sus esclavos y se divierta con los frutos.

Las estadísticas citadas demuestran que las dos terceras partes del territorio mexicano está en manos de los españoles y de sus herederos; es decir, que en más de cien años de llamarnos libres y de revolucionar, "*no hemos podido recuperar lo nuestro*". ¿A qué se debe? Creo que ya lo dije en otra parte de estos apuntes; pero no sobra repetirlo. A que nos hemos matado graciosamente tan sólo para llegar al Alcázar de Chapultepec, al redoble de los tambores y al son del Himno Nacional. ¿Tan sólo? No, miento. Lo demás ha sido recibir en seguida las adulaciones,

los banquetes, las medallas, etc., que nos traen, quizá con la más irónica sonrisa, "*in pectore*", los mismos españoles y los mexicanos españolizados que antes nos atacaron con saña fiera... También a embriagarnos de alcohol y de lujuria barata, pasear en magníficos automóviles regalados y... un buen día salir huyendo ante el empuje del sustituto que llega a encargarse del mismo papel en la farsa. Si el general Calles no fue arrojado del poder violentamente; si dominó los cuartelazos y las emboscadas políticas, fue porque no se prestó al manoseado papelito. Ni banquetes, ni fiestecitas campestres; y si recibió algunas medallas, ya me imagino las sonrisas interiores con que agradecería tales obsequios...

Ni en la cuestión agraria, ni en la económica, que es la fundamental, hemos hecho todo lo que se debe y puede hacerse. Si Francia es un país en que el campesino es relativamente feliz, esto se debe a que los revolucionarios franceses no se anduvieron por las ramas... Repartieron la tierra íntegramente, tan íntegramente como la habían acaparado los nobles y demás gente que se creía de sangre azul, aunque le pasara lo que al gracioso emperador que nunca llegó a creerse divino, a pesar de sus aduladores, porque las vacijas que sacaban los criados de su cuarto, todas las mañanas le revelaban lo contrario.

En Veracruz, para satisfacción de los campesinos y de su jefe el coronel Tejeda, la tierra se está repartiendo a pesar de las protestas de los ricachos españoles. Naturalmente que una cosa es restituir la

tierra y otra apoyar la creación de industrias. Veracruz, como la mayoría de los Estados, necesita apoyar nuevas industrias. Industrias trabajadas y fomentadas a base de cooperativismo, como algunas que se están creando en el distrito de Papantla.

En conclusión, yo creo que el Estado de Veracruz a la cabeza de los demás, precisa proteger en sus distritos incomunicados la repartición de tierras laborables para que el campesino que no puede exportar productos viva de los que obtenga; crear, como lo está haciendo el Ingeniero Tejeda, muchas escuelas rurales y dar preferencia al pago de los maestros misioneros sobre todo. Las escuelas rurales vendrán a dar el mentís a los que piensan que el indio es irredento. Pero hay que pagar a los maestros abnegados. No dejarlos, como yo he visto en muchos lugares, en una situación de mendigos que terminan por huir.

Urge también combatir el alcoholismo en los distritos rurales. Ya he dicho y lo repito que el mayor trabajo de los juzgados lo origina el alcohol; que las enfermedades y la degeneración del indio, se deben esencialmente a la intoxicación crónica.

Extender la educación popular, no a la manera absurda, por no usar otro vocablo, de Vasconcelos a base de Homeros, de Esquilos y de Eurípides, sino con una intensa, tenaz y formidable propaganda del abecedario, es preparar el terreno para la verdadera liberación del indio.

Combatir el alcoholismo; pero combatirlo en sus

raíces suprimiendo las fábricas de aguardiente, vigilando el claudestinidad por medio de inspectores honorables y por medio de la acción popular, es por sí sola una labor capaz de enaltecer a cualquier gobernante.

Y si se quiere que la cultura vaya con relativa facilidad barriendo los vicios en los distritos de las sierras, es urgente hacer caminos, caminos medianamente buenos que permitan el intercambio de productos durante todo el año; en fin, llevar la civilización a los sitios más apartados que son los que, en primer término, la necesitan.

Naturalmente que para trabajar firme y bien, se necesita que la politiquería no obstrucciona la labor del gobernante. Esto es lo que el Estado de Veracruz, decidido a progresar, espera de sus políticos y de su gobernante. Que así sea.

— F i n i s —

INDICE

	Págs.
Prólogo y Dedicatoria.....	5
La Ruta de Chicón.....	13
Las Primeras Quejas.....	20
Los encomenderos de ayer y de hoy.....	25
Los indios de Poxtectitla y el amor a la tierra..	31
El crimen de la "Mesa de Calcote".....	36
El alcohol, el indio y el delito.....	42
Escuelas, Misioneros y Opositores.....	50
Las cárceles.	56
Los tinterillos.	60
La esclavitud "Paternal".....	65
Horrores en Rumania.....	70
Huatusco, la ciudad de los contrastes.....	75
La llamada justicia.....	81
Sistemas modernos de despojo.....	88
Los aliados del despojo.....	94
El placer a costa del sudor del indio.....	99
Los presos guardianes.....	105

	Págs.
Los estragos del alcoholismo en los Centros Indígenas.	110
Los curanderos.	116
No hemos podido recuperar lo nuestro.	121

104
